

TRABAJO DE FIN DE GRADO

# PERFIL HUMANO DE ISABEL I DE CASTILLA



AUTOR: JULIA SAMPER VÁZQUEZ

TUTOR: RAFAEL SÁNCHEZ SAUS

GRADO EN HISTORIA

Curso académico 2015-2016

Fecha de presentación 05/09/2016



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

## Índice

1. Resumen y palabras claves.....	3
2. Introducción .....	4
3. La dinastía Trastámara. La familia de Isabel I.....	6
3.1 Antecedentes de mujeres en el trono .....	12
4. Educación.....	14
5. Espiritualidad .....	21
6. Matrimonio.....	29
7. Isabel como madre .....	36
7.1 La educación en la corte .....	40
7.2 La educación de las mujeres .....	42
8. El juicio de sus contemporáneos: ideal como mujer y como reina .....	44
9. Imagen tras su muerte .....	48
10. Descripciones .....	50
10.1 Documentales .....	50
10.2 Artísticas .....	57
11. Conclusiones .....	65
12. Bibliografía .....	67
13. Apéndice Documental.....	68

## 1. Resumen y palabras claves

El presente trabajo tiene como principal objetivo rescatar el lado más humano de Isabel I de Castilla, realizando un acercamiento a su faceta como mujer, esposa y madre, así como todo lo relacionado con sus convicciones, gustos, sentimientos y formación intelectual. Además, se incluye un esbozo de la relevancia que tuvo su figura en la posteridad y un breve compendio de textos que reflejan su aspecto físico y carácter.

“Isabel la Católica”, “Dinastía Trastámara”, “Vida privada”, “Perfil humano”, “Valores personales”

The main goal of this work is to recover the most human side of Isabel I of Castilla, performing critical approach to her facet as woman, wife and mother, as well as all it related with her convictions, pleasures, feelings and mental education. In addition, it is includes a sample of the relevance that her figure had in posterity and a short compendium of texts that reflect her physical appearance and character.

"Isabel la Católica", "Trastámara dynasty", "Private life", "Human side", "Moral value"

## 2. Introducción

El trabajo que se desarrolla a continuación tiene el objetivo de realizar un acercamiento al perfil más humano de una de las más célebres reinas de España, Isabel I de Castilla o Isabel la Católica. Su reinado puede ser analizado desde una doble perspectiva: como fin de la Edad Media o como etapa de transición hacia la Edad Moderna, fruto de la trascendencia que tuvieron sus acciones como monarca, en las que influyeron, como veremos a continuación, su personalidad y carácter. Su mandato abarca desde el año 1474, en el que se proclama en solitario como reina propietaria de Castilla, hasta 1504, año de su fallecimiento. Sin embargo, puesto que este trabajo está orientado a tratar la humanidad de la reina, el área de estudio arranca desde el mismo año de su nacimiento en 1451. Al haber tanta cantidad de información sobre este personaje histórico, el presente estudio es un esbozo de lo que podría ser un futuro proyecto de investigación de mayor ambición. Además, ciertas fuentes de información más directas, que debieran haber sido consultadas y analizadas, han estado lamentablemente fuera de nuestro alcance.

La elección de este tema de investigación está vinculado al interés y curiosidad que despertó en mí este personaje, por lo que quise ahondar más profundamente en él, más allá de las lecturas realizadas de manera superficial previamente a esta investigación. Mi interés radica en la figura de Isabel como mujer de profundas convicciones que supo trascender mucho más allá de su época y romper las barreras existentes para las mujeres en muchos aspectos. Sobre su figura como soberana existen muchos datos, sin embargo, su personalidad, gustos, ideas y emociones son temas poco abordados. El otro motivo de mi elección entronca con la Historia de las Mujeres y el gran auge que está adquiriendo actualmente esta corriente de investigación. La vida de las mujeres ha cambiado radicalmente a lo largo de los siglos, alcanzando sus más significativos logros hace relativamente poco tiempo. En el contexto de la Edad Media, la figura de Isabel representa un alejado ejemplo de la vida cotidiana de las mujeres en esta época, debido a su posición de reina de Castilla y último eslabón de la dinastía Trastámara.

En cuanto a la metodología seguida para el trabajo, en primer lugar se realizó una búsqueda de las fuentes de información necesarias para la elaboración del mismo, siendo en su mayoría fuentes escritas, concretamente obras de autores especialistas en la materia. En segundo lugar, se procedió al análisis de las mismas, a través de una lectura exhaustiva que permitiera captar las ideas relacionadas con el tema a tratar y la comprensión de la totalidad del mismo. Igualmente, se procedió a una clasificación de la información obtenida para los

diferentes apartados en los cuales está dividido el trabajo. Por último, el resultado del análisis de las fuentes se fue desarrollando en el trabajo, dividido en una serie de apartados para facilitar su comprensión. Todas las imágenes incorporadas en el trabajo pertenecen a tres obras: *La España de los Reyes Católicos*, t. XVII de *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, *Isabel la Católica*, dirigida por Manuel Fernández Álvarez, e *Isabel la Católica y el arte*, dirigido por Gonzalo Anes Álvarez de Castrillón.

El primer apartado está destinado a contextualizar el objeto de estudio, elaborando una breve trayectoria de la dinastía Trastámara desde sus inicios, además de recalcar el papel que tuvo cada uno de sus miembros en la historia y en la vida de Isabel. Asimismo, se hace hincapié en la relación que esta mantuvo con su padre, con su hermanastro Enrique y su hermano Alfonso, mencionando también la relación con su familia materna y los antecedentes de diversas mujeres en el trono. En un segundo apartado se analiza los diferentes factores que influyeron en su educación, no sólo de índole intelectual sino también personal. Vinculado con esto se menciona la relación que tuvo la reina con la cultura a lo largo de toda su vida, manifestada en diversos aspectos de la misma que más adelante volcaría en sus hijos. En un tercer apartado se indaga los diferentes aspectos de espiritualidad que manifestó Isabel la Católica y los diversos factores que influyeron en ella, siendo el mayor reflejo de ello su testamento.

En el cuarto apartado se profundiza en las posibles emociones de la reina Isabel en el momento del matrimonio, así como en los sentimientos hacia Fernando, figura de extrema importancia en su vida y su reinado. Se realiza también un balance de los episodios de mayor complicidad entre la pareja, así como los de mayor tensión. En un quinto apartado se indaga en el papel de Isabel como madre, en el protagonismo que juega cada uno de sus hijos en su vida y en la participación de la misma en su compleja educación, haciendo especial énfasis en la formación de las infantas. En el sexto apartado se analiza la opinión que su figura representaba para sus contemporáneos, así como en el séptimo se observa la huella que tanto ella como su reinado trazaron en la historia, llegando hasta el presente. En un último apartado he incluido un compendio de documentos que reflejan su aspecto físico, las opiniones coetáneas y de los siglos XVII al XX que reflejan su carácter. Además, he incluido una breve referencia a las pinturas en las que aparece retratada la reina Isabel, así como la relación que esta mantuvo con la pintura y los pintores de su época. Finalmente se incluye una conclusión del trabajo, con los puntos más importantes del mismo, la relación bibliográfica y un apéndice documental.

### 3. La dinastía Trastámara. La familia de Isabel I

A mediados del siglo XIV se produjo en Castilla la revolución Trastámara, guerra civil que permitió al hermano bastardo de Pedro I de Castilla, el futuro Enrique II, usurparle el trono. Enrique emprendió una enorme labor propagandística basada en su intención de arrebatarle la corona, justificada en la vesania del rey. De ahí el sobrenombre de Pedro el Cruel. Así, Enrique II inauguró en Castilla la dinastía Trastámara. Fue conocido como Enrique el de las Mercedes debido a todos los favores que tuvo que pagar a la nobleza por haberle reconocido como rey. Le sucedió su hijo Juan I, en un reinado en el que hizo frente tanto a los conflictos aún abiertos como a las deudas económicas que había originado su padre al acceder al trono. Este siguió otorgando favores a la nobleza, algo que continuaron haciendo sus descendientes como una necesidad para mantenerse en el trono. Juan I tuvo dos hijos, Enrique III y Fernando.

El primero, por ser hijo primogénito, heredó el trono castellano, contrayendo matrimonio con Catalina de Lancaster, nieta de Pedro I, para reconciliar la dinastía usurpadora con la legítima casa de Borgoña. El reinado de Enrique III se caracterizó por la debilidad física y moral del monarca, desembocando en una fuerte anarquía. Su hermano Fernando se convertiría en regente del reino a su muerte, siendo conocido también como Fernando de Antequera al conquistar esta importante plaza en 1410 durante la campaña granadina. Tras este acontecimiento se proclama rey de Aragón, al morir su tío Martín I de Aragón, hermano de su madre, Leonor de Aragón, sin descendencia. Fue el primer monarca aragonés de la dinastía castellana de los Trastámara, conocido como Fernando I de Aragón. Propició la reconciliación del reino castellano con el Papa Benedicto XIII, favoreciendo la entrada de don Álvaro de Luna. Además emprendió una nueva cruzada contra Granada y consiguió dominar a la nobleza, que obtuvo momentáneamente el control sobre Juan II de Castilla. Estos dos últimos elementos mencionados tienen una gran trascendencia en el reinado de Isabel, puesto que ella culmina la reconquista del reino de Granada y consigue subyugar a la nobleza.

El complejo reinado de Juan II (1406-1454), repleto de revueltas y desorden, comienza cuando este no había cumplido los dos años, pasando la regencia a Catalina de Lancáster, su madre, y Fernando I de Aragón, su tío. Fue un hombre al que agradaban más la cultura, las artes y las fiestas que el ejercicio del poder; "leía a menudo libros de filosofía y poesía, dominaba la lengua latina y era buen músico"<sup>1</sup>. Fue un monarca que estuvo sobreprotegido en su infancia

---

<sup>1</sup> ZAVALA, J.M., *Isabel íntima. Las armas de la mujer y reina más célebre de España*, Barcelona, Planeta, 2014, pág. 20.

por su madre, por lo que "conservó siempre los rasgos del joven mimado, inconstante y que se coloca espontáneamente bajo la dependencia de alguien, por quien se deja manejar a cambio de recibir entretenimiento y placer"<sup>2</sup>. Podríamos decir, por tanto, que la primera etapa de su vida se encontró dominada por la figura de su madre, y en su juventud y madurez por la figura de don Álvaro de Luna, mano derecha del rey. El condestable consiguió la confianza del monarca, guiando su política en favor de sus intereses y para reforzar su posición. A pesar de ello, hay autores que piensan que era la amistad el lazo de unión entre ambos, siendo posible que la dinastía Trastámara hubiera desaparecido sin la intervención de don Álvaro. Entre otras cosas, este persiguió la unión con Portugal, de manera que fuese el escudo protector del reino en caso de que Navarra y Aragón buscaran intervenir en Castilla. Fue un momento clave, ya que tras la muerte de la primera esposa de Juan II, María de Aragón, y tras haber pedido ayuda a Portugal para vencer a los infantes de Aragón en Olmedo, se establece su segundo matrimonio con Isabel de Portugal.

Pero lo cierto es que, aunque Isabel era considerada "la mujer más esplendorosa de la familia real portuguesa"<sup>3</sup> y "la más honesta y virtuosa mujer que en estos tiempos fue oyda nin vista"<sup>4</sup>, el rey Juan no estaba satisfecho con este nuevo enlace. Acabó sucumbiendo con el tiempo al carácter de su nueva esposa, que fue la figura dominante de la última etapa de su vida. Don Álvaro de Luna forzó al rey para aceptar el matrimonio a consecuencia de la gran deuda contraída, rechazando otros compromisos más ventajosos. Es muy conocido el desenlace del condestable, en el que sin duda la intervención de Isabel de Portugal fue clave. A pesar de que su fortuna se la debía a don Álvaro, esta desencadenó su detención y ejecución, que derivó entre otros sucesos en una enfermedad mental, fruto, según dicen, de la carga de conciencia que le supuso ser la principal causante de su caída<sup>5</sup>.

De este nuevo enlace nacerían Isabel y su hermano Alfonso, nacimientos cuya trascendencia ya fue importante en ese momento, debido a que el primogénito de su padre,

---

<sup>2</sup> PENELLA, C., *Grandes Biografías. Isabel la Católica*, Barcelona, Ediciones Rueda, 1991, pág. 19.

<sup>3</sup> AZCONA, T., *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1964, pág. 7.

<sup>4</sup> ZAVALA, J.M., ob. cit., pág. 26.

<sup>5</sup> La razón que llevó a Isabel de Portugal a tal fin no está del todo clara. Lo más aceptado según la documentación es que la reina quería ser la única que mandase e influenciara al rey. Se piensa que exclusivamente pretendía para ello el destierro pero que fue un arrebato del rey en un intento de demostrar poder lo que acabó con la vida del valido.

Enrique, había dado muestras de infertilidad<sup>6</sup>. Desde un inicio la nobleza vio a estos infantes como su instrumento de aspiración monárquica. La muerte del rey Juan II y el condestable don Álvaro de Luna fueron momentos históricos cruciales en la biografía de Isabel la Católica, ya que este hecho desembocará en determinados sucesos que serán claves en la vida de la futura reina. Contaba con tan sólo tres años de edad cuando murió su padre, por lo que no tuvo que ser consciente de los acontecimientos ni pudo establecer ninguna relación afectiva con él. De hecho, se afirma que Isabel nunca llegó a tener trato con su padre. Según sostiene Fernández Álvarez lo que sí quedaría en su memoria serían las continuas cartas que llegaban a la corte trayendo noticias de él, puesto que la mayoría del tiempo se encontraba ausente. Tampoco guardaría recuerdo del condestable. Sin embargo, desde su ejecución y en los años posteriores, su muerte llegó a oídos de la infanta a través de múltiples testimonios, siendo el más destacado el de su madre, quién gritaba enloquecida entre los muros de Arévalo “¡Don Álvaro, don Álvaro!”<sup>7</sup>.

Basándonos en el testamento de Juan II, observamos que el rey dejó establecida la línea sucesoria de la corona; recaería en su primogénito Enrique, pero si muriese este sin descendencia legítima, el trono correspondería a Alfonso. En el caso de la inexistencia también de descendencia, Isabel se convertiría en la heredera: "en tal caso aya e herede los dichos mis regnos la dicha Infanta doña Isabel e sus descendientes legitimos"<sup>8</sup>. Igualmente, el rey dejó bien dispuesta la situación de sus dos hijos menores. Sin embargo, dichas cláusulas traerían reivindicaciones en los años posteriores, puesto que Enrique IV no siempre respetó la herencia que su padre dejó a sus hermanastros. Aquí se aprecia la mentalidad de la época relativa a la inferioridad jurídica de la mujer frente al varón, ya que no sólo se pone por delante a Alfonso en la sucesión a pesar de ser de inferior edad, sino que la herencia es de menor cuantía.

En este contexto, no debemos olvidarnos de la figura de Enrique IV, el Impotente, un monarca que se caracterizó por su débil carácter, compartido con su padre y su abuelo, por su bondad y por su incapacidad sexual en el lecho. No fue un monarca duro ni sanguinario, lo que hizo de él un rey al servicio de la nobleza. La coronación de Enrique cambió la posición de Isabel a una muy desventajosa, ya que pasó de ser hija del rey a ser hermanastra del rey.

---

<sup>6</sup> El propio rey Juan II, como se observa en su testamento, tuvo que tener dudas acerca de la fertilidad de su hijo Enrique, tras contraer matrimonio por segunda vez sin obtener ninguna descendencia del primero. AZCONA, T., ob. cit., pág. 15.

<sup>7</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Isabel la Católica*, Madrid, Espasa, 2003, pág. 51.

<sup>8</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 15.



Asimismo, paso de vivir en la corte a vivir junto a su madre y su hermano en Arévalo, padeciendo las mismas comodidades que éstos.

Enrique se casó en un primer momento con Blanca de Navarra, con la que según afirma de manera equívoca el cronista Fernando del Pulgar convivió una década. Sin embargo, no se obtuvo ningún fruto de este matrimonio, por lo que Enrique buscó la anulación del mismo con una gran destreza para favorecer a Castilla<sup>9</sup>. Tras esto, Enrique contrajo matrimonio con Juana de Portugal. De estas segundas nupcias nacería una de las principales preocupaciones que atormentó a Isabel a lo largo de toda su vida, Juana<sup>10</sup>. La muerte del rey y la cuestión sucesoria harán que ambos personajes se enfrenten de por vida, pero en el momento del nacimiento el rey decidirá que Isabel sea una de las madrinas de su hija. Debemos hacer un inciso en la relación con este personaje, ya que éste marcará profundamente la vida de Isabel. Juana será utilizada para reclamar los derechos a la corona de Castilla por diferentes reyes, además de que cuestionará la ilegitimidad de Isabel al trono.

Lo cierto es que Enrique nunca permitió que se le examinara morfológicamente. Sin embargo, existe aún hoy en día un debate sobre la paternidad de Juana y la sexualidad de Enrique IV. Algunas fuentes dudan sobre la heterosexualidad del rey, relacionándolo con Beltrán de la Cueva, con el que sabemos que mantuvo una relación muy estrecha. En otras se duda sobre su fertilidad, ya que Juana de Portugal tardó siete años en quedarse embarazada del rey mientras que fue rápidamente madre de gemelos con su amante castellano. Al descubrir los restos mortales de Enrique a mediados del siglo XX, Gregorio Maraón afirmó en su *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, que el monarca padecía una enfermedad conocida hoy como endocrinopatía, provocándole infertilidad e impotencia entre otros síntomas. También se ha afirmado que se trató de un "tímido sexual" que nunca supo mantener ninguna relación con ninguna mujer, a pesar de que se extendió el rumor de que mantenía relaciones extramaritales. Esto se utilizaba para medir la virilidad de los hombres y, por consiguiente, la validez o invalidez del matrimonio<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> Según atestiguó la propia princesa "estaba virgen incorrupta como avia nascido". AZCONA, T., ob. cit., pág. 21.

<sup>10</sup> Aun así, los nobles volcados en la lucha contra Enrique IV, afirmaban que Juana no era de su sangre, sino que era hija del valido del rey, Beltrán de la Cueva. De ahí el sobrenombre que se le otorgó, "La Beltraneja". Incluso, tras morir Isabel, se planteó la idea de que Fernando contrajera de nuevo matrimonio con Juana, lo que sin duda habría roto el corazón de la reina en vida.

<sup>11</sup> Un juez eclesiástico obtuvo el testimonio de "ciertas mujeres de la ciudad de Segovia con quién se decía quel dicho señor Principe avia avido trato e conocimiento de varon a muger". AZCONA, T., ob. cit., pág. 21.

He hecho hincapié en este punto porque tiene una gran trascendencia en la historia y vida de Isabel. En palabras de Azcona "hasta el lector menos advertido aquilata la trascendencia de este interrogante en una biografía de Isabel de Castilla"<sup>12</sup>. La princesa hará uso de la infertilidad de Enrique para declararse princesa heredera del trono de Castilla. No sólo porque afirmaba que Juana no era hija del rey sino porque consideraba el matrimonio con Juana de Portugal nulo, al no tener una bula papal que lo permitiera por ser ambos primos.

Parece ser que Enrique tenía aprecio a sus hermanastros; a Isabel "no le faltó ternura de aquel hombre descomunal"<sup>13</sup> que no la trato con dureza. Sin embargo, nunca mantuvieron una relación estrecha. En primer lugar, porque él fue quien mandó su traslado y el de su hermano a la corte, apartándolos de su madre, por lo que sería un lugar que acabaría detestando. Isabel le reprocharía a Enrique: "...de cuyos brazos inhumana y forzosamente, fuimos arrancados el señor rey don Alfonso mi hermano y yo, que a la sazón éramos niños..."<sup>14</sup>. En segundo lugar, porque Enrique no siempre respetó la herencia de su padre hacia su hermanastra. Los últimos años que Isabel estuvo viviendo en la corte le fueron reducidas las rentas para su sustento; tampoco cumpliría con la regularidad de los pagos durante su estancia en Arévalo. En tercer lugar, Enrique intentó en varias ocasiones imponerle un matrimonio que ella no deseaba y cuyo objetivo no era otro que alejarla del trono castellano. El momento de mayor acercamiento entre ambos tuvo lugar en la última etapa de la vida del rey, quien declaró herederos a ella y a su marido Fernando. A pesar de todo esto, Isabel no buscaba usurpar el trono. Su objetivo era ser declarada heredera a la muerte del rey, pues no consideraba correcto destronar a un monarca legítimo, prefiriendo esperar al fin de su reinado. Esta creencia no era desinteresada, pues la propia dinastía Trastámara, como ya mencioné al inicio, se instaura en el trono de Castilla mediante el asesinato de un rey legítimo e Isabel no quería acabar de la misma forma<sup>15</sup>. Además, el gasto económico que conllevaba una guerra provocaría que Isabel heredara un reino en ruinas.

Resulta necesario mencionar también la figura de su hermano Alfonso, en quién Isabel encontró un gran apoyo. Al haber sido separados de su madre, ambos encontraron en el otro confianza y protección, estando muy unidos. "Alejados de las amistades propias de su edad,

---

<sup>12</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 30.

<sup>13</sup> Esto aparece ejemplificado en una carta del monarca a Isabel, que aparece recogida en Ibíd., pág. 112.

<sup>14</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 59.

<sup>15</sup> "A pesar de su defensa de la legitimidad vigente [de Enrique], no dudo en favorecer sus [propios] intereses y afectos personales, anteponiendo éstos a dicha legitimidad, mientras que simultáneamente pretendía no desafiarla. Este acto es típico del carácter de la infanta" EDWARDS, J., *Isabel la Católica: poder y fama*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2004, pág. 17.

vivieron la misma, impuesta por su hermano Enrique, y su trato mutuo fue excepcionalmente íntimo. A todas horas estaban juntos, y por comodidad se les trataba casi de la misma manera"<sup>16</sup>. Sin embargo, al estallar la pugna entre la corona y los nobles, este abandonaría la corte e Isabel quedaría sola como un peón para el rey ante cualquier eventualidad política. Esta separación resultó cruel y duró algunos meses, en los que los hermanos estuvieron sin verse. Se reencontraron en Arévalo, donde pudieron revivir por un tiempo su infancia junto a su madre, un período feliz cuyo punto culmen será la fiesta que se celebró por el decimocuarto cumpleaños de Alfonso.

"Nunca se resaltará bastante lo que había supuesto para Isabel la muerte de su hermano Alfonso"<sup>17</sup>. Fue un episodio inesperado y angustioso para la infanta que por entonces contaba con diecisiete años. Anteriormente ya conocía el dolor pero ahora tuvo que "estrenar ternura de madre y unas manos de enfermera con su hermano moribundo"<sup>18</sup>. Recordemos que era el único hermano que tenía Isabel, con el que había crecido, con el que había compartido todas las experiencias de la vida y las ilusiones en el futuro. Ella misma le había declarado su rey, desligándose de Enrique. Indudablemente Isabel recordaría a su hermano durante el resto de su vida, sobre todo en las ocasiones que pasaba por Arévalo para visitar a su madre, lugar que indudablemente evocaría su presencia.

En cuanto a la familia materna de Isabel de Castilla, ésta entroncaba con el trono portugués. Y es que la reina Católica siempre mostró una gran debilidad por Portugal, a pesar de que en sus primeros años de reinado se vio enzarzada en una guerra con el monarca luso. Siempre intentó mantener una relación de amistad con el reino vecino, ofreciendo a sus hijas en matrimonio (Isabel y María) y siendo generosa en los conflictos con tal de seguir manteniendo al aliado portugués. Además, Isabel nunca olvidó sus obligaciones de parentesco con los Braganza. De hecho, tanto Juan II como Enrique IV dudaron entre establecer una alianza aragonesa o lusitana. Padre e hijo se casan primero con una infanta aragonesa y posteriormente con una infanta portuguesa. Esto continuará en el tiempo, ya que a Isabel se le presentará un pretendiente aragonés (Fernando, con el que finalmente contraerá matrimonio) y un pretendiente portugués (Alfonso V) entre otros. La familia portuguesa, además, contó con un

---

<sup>16</sup> PENELLA, C., ob. cit., pág. 31.

<sup>17</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 88.

<sup>18</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 117.

gran número de mujeres que destacaron por su santidad, como Teresa de Portugal y su hermana Mafalda, Beatriz de Suabia o Isabel de Portugal, esposa de Dionís.

Antes de la llegada de Isabel I al trono, nos encontramos ante una situación de caos en Castilla. El cambio de dinastía trajo consigo un trastorno institucional que se radicalizaría en los sucesivos descendientes del fundador, aumentando el estado crítico del reino. Las casas reinantes en los reinos peninsulares se enfrentaban continuamente entre sí por múltiples motivos; territoriales, políticos, económicos, o simplemente para mostrar la supremacía de uno sobre otro. A esto debemos sumarle la pugna existente también con los linajes más pudientes, ya que pretendían aprovecharse del poder a costa de la corona y del pueblo. En este orden interno, entraban en juego también los validos o personas de mayor confianza del rey, como serán sucesivamente Álvaro de Luna y Beltrán de la Cueva. Estos personajes, así como la nobleza más cercana al rey, tenían el control de la corona en sus manos. El rey era un peón que movían a su antojo en función únicamente de sus intereses. Esto, que estuvo presente desde el inicio de la dinastía, como iremos viendo más adelante, conseguirá corregirlo Isabel, ya que pondrá a la nobleza al servicio de la corona y no al revés.

### 3.1 Antecedentes de mujeres en el trono

La existencia en este período histórico de mujeres políticamente poderosas no fue un fenómeno momentáneo sino que tuvo sus precedentes. Isabel no fue la primera mujer que gobernó un reino peninsular. En el siglo XII se sucedieron una serie de mujeres con experiencia gubernamental en los reinos hispánicos. Sancha de León, esposa de Fernando I, fue reina de León a la muerte de su padre y reina consorte de Castilla. Esta ocupó el trono de Castilla por derecho legítimo, pero aún se debate sobre la capacidad ejecutiva que ejerció. Fue objeto de muchos elogios por sus contemporáneos, ya que, tras la muerte de Fernando I, continuó ejerciendo como reina de León a pesar de la lucha entre sus hijos Sancho y Alfonso. Este último se convirtió en rey de Castilla y León pero, tras la muerte de su hijo varón, nombró como heredera a su hija Urraca I, heredera también de los territorios de su primer marido, Raimundo de Borgoña. Contrajo segundas nupcias con Alfonso de Aragón pero ambos esposos acabaron declarándose rápidamente la guerra. Cuando su padre murió, regresó a Castilla como gobernante hasta el reconocimiento de su hijo Alfonso VII como heredero. Urraca luchó para mantener su control sobre sus reinos, siendo "una mujer pero también la cabeza coronada de un importante reino occidental que gobernó por propio derecho"<sup>19</sup>. Sin embargo, a la muerte de su

---

<sup>19</sup> EDWARDS, J., ob. cit., pág. 54.

hijo, los dos reinos por los que ella había luchado para mantener unidos volvieron a separarse. Sin embargo, antes de morir, su hijo le concedió a su hermana Sancha el título de reina, fruto seguramente de los logros de su madre, compartiendo ambos la corona. Su habilidad política fue sorprendente, pudiendo haber heredado los reinos si no hubiera muerto un año antes que su hermano. Posteriormente destaca Urraca, hija ilegítima de Alfonso VII, que fue nombrada por su padre gobernante de Asturias y que heredó la corona de Navarra de su marido.

Sería Berenguela, hija de Alfonso VIII, la que reunificaría finalmente Castilla y León. A la muerte de su padre, se convirtió en reina de Castilla como regente de su hermano Enrique I. Tiene ciertas similitudes con Isabel, ya que unificará Castilla y León en su hijo y posibilita la Reconquista. Cabe destacar que se produjeron algunas disputas por su toma de poder, pero no por el hecho de que fuera una mujer, sino porque algunos castellanos defendían que la corona correspondía a su hermana Blanca. El reinado de Berenguela no fue muy extenso pero sí clave para la formación de la herencia que recibiría Isabel I de Castilla. Fue una mujer que desempeñó un papel importante en la esfera política, sin embargo, tanto en su caso como en el de Urraca I, la sucesión fue un pretexto para iniciar conflictos que se resolvieron finalmente al legar estas la sucesión en sus respectivos hijos. Como observamos, el conflicto por el trono castellano entre Juana e Isabel, es decir, entre dos mujeres, tenía sus precedentes en el siglo XIII. En el código de las *Siete Partidas* de Alfonso X se establece que el heredero siempre es el hijo varón del rey. Sin embargo, en el caso de que no hubiera herederos varones con mejor o igual derecho, la hija mayor ocuparía el trono, gobernando como reina propietaria. Este fue uno de los puntos claves en los que Isabel nunca consintió dudas, aunque algunos castellanos continuaran negando la presencia de mujeres monarcas.

No hubo ninguna mujer monarca que reinara en Castilla y León desde el siglo XIII. A pesar de ello, Isabel contó con ejemplos de mujeres de sangre real íntimamente ligadas a ella que ostentaron gran poder político e influencia en los reinos peninsulares. Un ejemplo muy importante fue su abuela Catalina de Lancaster. A la muerte de Enrique III, Catalina se convierte en la regente de su hijo y heredero, gobernando hasta su muerte. Se rodeó para ello de numerosas mujeres consejeras, provocando la aparición del válido medieval en su mayor intensidad. Dicho cargo, por tanto, fue iniciado por mujeres. Tal y como haría Enrique IV años más tarde, Catalina consultaba todas las decisiones con Leonor López de Córdoba en un inicio, y con Inés de Torres posteriormente. La forma de gobierno de Catalina proporcionó a Isabel un modelo reciente de soberanía femenina. Catalina tenía la convicción de que una mujer podía ejercer como monarca, así como una perspectiva elevada de los deberes y derechos de esta

posición, convicción que veremos repetirse en su nieta. Partiendo de la mentalidad de la época, se consideraba que existían diferencias entre hombres y mujeres, pero Isabel tenía claro que diferencia no significaba desigualdad y que las mujeres poseían la misma capacidad de asumir funciones de gobierno.

#### 4. Educación

Un lugar muy importante en la educación de Isabel la Católica lo ocupará la influencia portuguesa. Hay que recalcar en primer lugar la presencia tanto de su madre, Isabel de Portugal, cuya figura abre "grandes posibilidades para interpretar la educación de Isabel desde los primeros latidos junto al regazo materno"<sup>20</sup>, como de su abuela materna, Isabel de Barcelos, durante los primeros años de su infancia en Arévalo. Aunque la madre de Isabel juega un papel importante en su educación, ésta fue hundiéndose progresivamente en la demencia. Este aspecto aparece difuso en las diferentes fuentes, que aportan información contradictoria, por lo que existen diversas interpretaciones. Nancy Rubin, una destacada biógrafa de Isabel, declara que "fue una madre entregada con elevados valores morales [...] que cuidó personalmente a los hijos"<sup>21</sup>. Sin embargo, como es sabido, comenzó a creer que el castillo de Arévalo estaba hechizado porque veía constantemente la figura de don Álvaro de Luna, empeorando su estado notoriamente cuando Isabel y Alfonso fueron trasladados a la corte. Por otro lado, Peggy Liss, otra célebre biógrafa de Isabel, pone énfasis en el papel de su abuela (Isabel de Barcelos), que, según afirman algunos autores, se convirtió en su madre adoptiva. Por esta razón, la reina gustaba de estar rodeada de ancianas de buena familia y reputación. En palabras de José María Zavala,

pese a la tristeza y mansa locura de su madre, Isabel aprendió de ella y de su abuela las ciencias y labores que se enseñaban a las mujeres nobles: música, a la que siempre mostró gran afición como toda su dinastía; la costura, y sobre todo el bordado<sup>22</sup>.

En segundo lugar la influencia portuguesa estuvo muy presente en la figura de la reina no sólo porque dominaba el idioma, con el que se comunicaría con su tía Beatriz de Braganza años más tarde sin necesidad de intérpretes, sino también porque conocía sus tradiciones. Dentro de estas destaca las referentes a la navegación atlántica y al interés por el continente africano que tan relevantes serán en años posteriores. Como podemos observar, la reina Isabel

---

<sup>20</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 13.

<sup>21</sup> EDWARDS, J., ob. cit., pág. 58.

<sup>22</sup> ZAVALA, J.M., ob. cit., pág. 29.

se crio en un ambiente mayoritariamente portugués. Un ejemplo de ello son las doncellas María López o Beatriz de Silva, quién, como dice el autor Suárez Fernández, "acunaría a la niña con las dulces canciones de la tierra natal, porque, en la intimidad, Isabel conocía y comprendía muy bien el portugués, probablemente su primera lengua en tiempos de aprendizaje"<sup>23</sup>.

Destaca asimismo la acción de determinados educadores franciscanos. Los frailes del convento de San Francisco de Arévalo, fray Juan de Tolosa sobre todo, influyeron en la infanta posiblemente no sólo en el plano espiritual sino también en el cultural. Es de obligada mención la obra *El jardín de las nobles doncellas* que le dedicó a Isabel por su decimosexto cumpleaños fray Martín de Córdoba, profesor de teología de la Universidad de Salamanca y de Tolosa. En este libro, elaborado según el autor para rebatir los argumentos de los hombres que se oponían al gobierno de las mujeres, se hace hincapié sobre el importante papel de la educación en los monarcas. Sin embargo, subraya la debilidad física y moral de la mujer como consecuencia de que fue creada a partir de la costilla sobrante de Adán, estableciendo la comparación de Isabel con Eva. Por ello, el autor ofrece a la infanta una serie de consejos relacionados con el control de los vicios propios de su sexo. Debe esforzarse por parecerse en lo posible a un hombre, preparándose incluso más que estos para gobernar; está obligada a ser ejemplo de castidad para el reino. En palabras de Val Valdivieso, contiene propuestas que "son favorables a las mujeres, a las que otorga autoridad y ofrece ejemplos positivos, contribuyendo así a su autoestima y a reforzar su posición animándolas a adoptar una actitud activa y beneficiosa para la colectividad"<sup>24</sup>. *El jardín de las nobles doncellas* constituye asimismo una guía que ofrece ejemplos de principios morales y reglas prácticas de correcta vida cristiana. La obra tuvo que calar en el espíritu de la reina Católica, sirviéndole de orientación a lo largo de su vida y entregándoselo posteriormente a sus hijas.

Por otra parte, su completa educación también conllevaba todos los aspectos relativos a representar de la mejor manera posible tanto a su rango, su familia y su reino. La educación de Isabel aparece reflejada en las cláusulas del testamento de su padre, quién le asignó para la misma las rentas de la ciudad de Cuéllar más un millón de maravedíes al año. Encomendó para ella y su hermano "un régimen de tutoría y administración, presidido por la reina madre, pero siempre de acuerdo y consejo de Lope de Barrientos y de Gonzalo de Illescas"<sup>25</sup>. Esta formación

---

<sup>23</sup> SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Isabel I. Reina*, Barcelona, Ariel, 2013, pág. 9.

<sup>24</sup> VAL VALDIVIESO, M. I., "Isabel la Católica y la educación", *Aragón en la Edad Media*, Nº 19, 2006, págs. 555-562. Consultado en línea <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2245431> [15-8-2016]

<sup>25</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 16.

fue "una asistencia más formularia que real, llevada forzosamente a distancia"<sup>26</sup>. Sin embargo, fue la abuela de Isabel la que jugaría un papel fundamental en este terreno, ya que parece ser que ambos personajes no cumplieron con el encargo de forma precisa. Asimismo, Isabel realizó durante su infancia varios viajes que tuvieron que significar una aventura, pasando a formar parte de sus experiencias y vivencias, pudiendo entrar en contacto más directo con la realidad de su tiempo. Visitó, por ejemplo, Medina del Campo o Toledo acompañada de Gonzalo Chacón, figura en la cual me detendré más adelante. Además, la futura reina desde una edad temprana aprendió a ahorrar y a utilizar el dinero en los asuntos necesarios, algo que demostraría en diversas ocasiones una vez que llega al trono. De esta forma alcanzaría un elevado nivel de conocimientos, así como en lo relativo a comportamientos y modales cortesanos que serían completados con su traspaso a la corte por imposición de Enrique IV.

Una vez allí se intensificaron sus nociones de gramática, poesía, pintura, lectura, música, canto y danza, además de las labores de aguja, destacando también su gran entusiasmo y participación en los momos, utilizados con gran frecuencia cuando esta llegara al trono con el fin de festejar acontecimientos familiares<sup>27</sup>. Fue en este momento cuando Isabel entró en contacto con otra realidad distinta y otro nivel de formación, ya que estos años son recordados por ella como un cautiverio, carente de libertad y donde reinaba el sosiego, los engaños y los artificios, lo que le llevaría a conocer los entresijos de la compleja política castellana y a forjar hábitos fundamentales de su persona. En palabras de Azcona,

desde aquel momento vive una infancia en cuya historia son incomparablemente más numerosas las horas de oscuridad y de niebla que las de claridad y de sol. En cierto sentido podría hablarse verdaderamente de la vida oculta de Isabel; vida oculta, con cierto matiz de angustia y de tragedia<sup>28</sup>.

Este período es fundamental para comprender la figura de Isabel como mujer y como reina, puesto que ella misma encontrará en este objetivos que se marcará como metas. La observación directa de las debilidades de la corona fue crucial en su futuro, ya que le proporcionaron seguridad y astucia en este ámbito, consciente de los peligros e injurias que la rodeaban. Además de esta enseñanza personal e intelectual, la reina Isabel tuvo que aprender

---

<sup>26</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 57.

<sup>27</sup> Gran ejemplo de ello fue la participación de Isabel en los momos encargados por ella a Gómez Manrique para festejar el catorce cumpleaños de su hermano. El último párrafo del mismo aparece citado por AZCONA, T., ob. cit., pág. 130.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, pág. 46.



ya en su adolescencia a combatir las vicisitudes de la vida. La muerte de su hermano Alfonso significó un fuerte y triste golpe del cual tuvo que reponerse rápidamente para defender el importante protagonismo que ahora asumía. Y es que si ya anteriormente a la muerte de su hermano fue forjando una personalidad abrumadora, éste es el primer momento en el que da muestra de su gran inteligencia, de su fuerte carácter y de su corrección moral en un tránsito difícil.

Desde su niñez, la infanta contó con el consejo del comendador de Montiel y confidente de Álvaro de Luna, Gonzalo Chacón, figura de extrema importancia en la formación humana de Isabel y hombre de su mayor confianza. La acompañó a lo largo de su niñez, de su ascensión al trono y a lo largo del mismo, asesorándola en asuntos tanto políticos como personales, hasta el punto de que su personalidad no hubiera sido la misma sin su presencia. Así, Juan de Mata Carriazo, en su introducción a *Crónica de don Álvaro de Luna*, se refiere a él como "la sombra impalpable de la soberana"<sup>29</sup>. No se conoce con exactitud la fecha en la que Gonzalo Chacón entra a formar parte de la vida de Isabel y Alfonso ni tampoco si fue únicamente decisión de su madre o también de Enrique IV. Además, Isabel de Portugal intervino directamente en la caída de Álvaro de Luna, por lo que la posterior decisión de elegir a su confidente sigue teniendo hoy en día una explicación dudosa. Lo cierto es que debido a la temprana muerte de su padre, Juan II de Castilla, y a la cada vez mayor depresión de su madre, Gonzalo Chacón fue un padre para Isabel, tal y como nos lo relata Fernando del Pulgar. No poseía formación intelectual; no era pedagogo, pero sí tenía un alto grado de valía personal, "mitad administrador mitad guardaespaldas". Además, su esposa Clara Alvarnárez se encontraba al servicio de Isabel de Portugal, constituyendo también una mujer muy importante para Isabel, no sólo como persona de confianza, sino como *ama de cría* desde su nacimiento.

Igualmente, cuando Enrique IV concedió a Isabel cierta independencia en su casa y en su vida, aceptó que Gonzalo Chacón continuara con la formación y custodia de la infanta. Tras ser proclamada princesa de Asturias, Chacón fue nombrado miembro de su consejo por ella misma. Junto a Cárdenas, ambos ilustraron a la princesa en el arte de la política. Es también Pulgar el que nos cuenta que Isabel no tomaba ninguna decisión sin haberla consultado antes con sus más fieles consejeros, un gran grupo de hombres y mujeres que continuaron a su servicio en la corte. Los siete años de tranquilidad que vivió en Arévalo junto a su madre y su hermano fueron posiblemente recordados por la reina con añoranza en la vertiginosa corte. Por

---

<sup>29</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 48.

ello, cuando encontraba una oportunidad, viajaba a Arévalo para visitar a su madre cada día más enferma. Fue durante su niñez en esta fortaleza cuando conoció a Beatriz de Bobadilla, hija del alcaide, catorce años mayor que ella y con la que establecería una íntima amistad, confiándole incluso el cuidado de alguno de sus hijos en determinados momentos. Beatriz se convirtió en una de las grandes personas de confianza de Isabel y acabaría formando parte también de la corte de la reina.

Entre otras figuras que participaron en la formación de la reina debemos citar a Gómez Manrique, corregidor de Toledo. Dedicó a Isabel el libro *Regimiento de príncipes*, que engloba un conjunto de consejos y advertencias que debe de tener en cuenta un buen gobernante, ya que debía servir de referencia a los súbditos. Manrique hace hincapié en tres puntos principalmente. En primer lugar, en la importancia de elegir buenos consejeros, siendo fundamental su edad y educación. En segundo lugar, habla del deber de gobernar bajo la guía de Dios con cualidades morales. Y en tercer lugar hace referencia al deber de impartir justicia: "castigar menos y premiar más de los que merezcan los súbditos, ahogar todo brote de crueldad o de avaricia en la práctica del gobierno y repartir equitativamente los oficios"<sup>30</sup>. Otra obra que influyó en la persona de Isabel fue *Doctrinal de príncipes* de Diego de Valera, que fue elaborada inicialmente para su esposo Fernando. Del libro destaca la exaltación de la idea de que ambos monarcas inaugurarían una etapa nueva en sus dominios. En *Dechado del regimiento de príncipes* elaborado por fray Íñigo de Mendoza aparece por primera vez la comparación de la reina Isabel con la Virgen María. La reina se muestra como renovadora del reino castellano y como reina justiciera, poseedora de una gran fortaleza.

En cuanto a su formación intelectual, Isabel fue desarrollando a lo largo de su vida un gran interés por la cultura, aunque no tuviera en su niñez tiempo ni un ambiente correcto para la misma. La escritura no era una de sus grandes habilidades, lo que podemos conocer por algunos de sus contemporáneos. Isabel solía dirigir el contenido de sus documentos, siendo la cancillería la que los revisaba y corregía. Sin embargo, fue una entusiasta de la lectura, así como de la conversación, como se observa en la gran biblioteca que fue confeccionando. Dicha biblioteca privada, recopilada en gran medida por Dolores Gómez Molleda, resultaría ser una de las principales colecciones de libros de la época. Estaba compuesta por alrededor de más de cuatrocientos ejemplares, en su mayoría tratados religiosos, principalmente de obras incluidas dentro de la *devotio moderna* que bañaba Europa de la reforma católica, además de libros de

---

<sup>30</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 310.

caballería e historia. En cuanto a los primeros, destaca la presencia de copias de las Escrituras, en latín y romance, escritos de Padres de la Iglesia y varias leyendas de santos. Respecto al segundo, tanto Isabel como Fernando fomentaron la cultura caballeresca, especialmente la de tradición artúrica, favorecida por Juan II pero que decayó durante el reinado de Enrique IV. *Historia de Lanzarote*, *Balandro de Merlín* y *La demanda del Santo Grial* fueron tres libros de este ámbito que formaron parte de su biblioteca. De gran trascendencia también en la corte de Isabel fueron las historias de los troyanos y su derrota por los griegos, de la cual ella y su marido también fueron ávidos lectores. De hecho, Isabel mandó plasmar la historia en un conjunto de tapices junto a otros pasajes bíblicos e históricos. Igualmente mostró un gran interés por la historia y por el estudio de las leyes, que tan abandonado tenía su hermano Enrique.

La reina estuvo en posesión de producciones históricas como las *Crónicas de Alfonso X*, producciones legales, manuscritos de ejemplarios, colecciones de sentencias, biografías femeninas como el *Libro de las claras e virtuosas mugeres* de Álvaro de Luna, libros de música, danza, e incluso clásicos como Aristóteles, Plinio o Séneca. Tuvo igualmente obras de Ramón Lull, de fray Girolamo de Savonarola, de Petrarca, del Arcipreste de Talavera, de Leonardo Bruno, Boccaccio e incluso un ejemplar del *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita. Asimismo, su colección englobaba varias ediciones de la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, de *Meditaciones* de San Buenaventura y varias obras de Landulfo de Sajonia, destacando la *Vita Christi*, traducida por orden de la reina, que la convirtió en una de sus principales lecturas espirituales<sup>31</sup>.

Debemos de tener en cuenta que el mundo de Isabel I de Castilla se encontraba inmerso en el debate sobre la relación de los sexos que se inicia en Europa en el siglo XV conocido como la *Querella de las mujeres*. Algunos autores defendían la inferioridad de las mujeres sobre los hombres recogida en el pensamiento aristotélico. Sin embargo, muchos escritores y escritoras reaccionaron ante esto, gran parte de ellos vinculados a las casas reales. Un ejemplo muy destacado fue Cristina de Pizán en su obra *La ciudad de las damas*, cuya copia formó parte de la biblioteca de la reina. Esta obra plasma una historia alternativa de las mujeres en la que se realiza una defensa política y teórica de las mismas en respuesta a la marea misógina vigente en la época. Mencionar asimismo la figura de Beatriz de Galindo, la mujer humanista más notable de su tiempo, quién enseñó latín a todos los hijos de Isabel, asegurando algunos

---

<sup>31</sup> Resulta interesante recordar que el padre de Isabel se caracterizó por tener también una gran afición literaria que su hija no llegaría a conocer. Potenció el humanismo castellano de la mano de su mecenas.

testimonios poco fiables que también le daría clases a la propia reina. Isabel de Villena, de cuya obra *Vita Christi* pide también la reina una copia para su biblioteca, tuvo asimismo una gran influencia en Isabel, ya que abarca la vida de las mujeres que intervienen en la historia de Cristo, reivindicando el papel de las mismas en la historia de la salvación. Como podemos ver, Isabel fue una mujer culta a quien le interesaba estar informada de lo que sucedía en su entorno, teniendo en su poder obras de gran actualidad. Se rodeó de figuras notables con gran riqueza intelectual, incluso de mujeres instruidas en el humanismo que buscan romper la división del conocimiento por sexos.

De hecho es singular que con treinta y un años la reina comenzara a estudiar latín, siendo un conocimiento imprescindible para los documentos de aquella época si quería ella misma ahondar en los textos sin necesidad de traductores y para entenderse con los embajadores. Intentó transmitir este deseo de conocimiento a las monjas de su entorno, buscando una mejora intelectual de los clérigos. Además, ella supervisó personalmente tanto la educación de sus hijos como de los propios cortesanos, intentando incrementar el nivel y el interés intelectual de la nobleza castellana. Esto resulta ser una muestra más de la amplia curiosidad y deseo de formación que tenía Isabel I de Castilla, y resalta la importancia que estaba adquiriendo en estos momentos la palabra escrita, incluida en su función de instrumento para el buen gobierno.

Todo este interés de Isabel por la educación acabó proyectado en el desarrollo especial de Universidades como la de Salamanca o Valladolid. Fue mecenas de juglares, poetas y músicos, e intentó atraer importantes humanistas italianos, como Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo. Bajo su manto se asentaron los fundamentos de nuevas disciplinas, como la zoología, la botánica o la arqueología, así como el desarrollo de otros, como la medicina o la astronomía. También se impulsó el conocimiento de la Historia, constituyendo un elemento de propaganda que ayudaba a contraponer su reinado con el anterior. Asimismo, bajo su amparo, se confeccionó la primera gramática española por Elio Antonio de Nebrija y se tradujo la Biblia (*Biblia Políglota Complutense*), reconocida durante mucho tiempo como la mejor edición del mundo. Se desarrolló también un gran auge del teatro en este período, destacando la figura de Juan de la Encina. En su corte, se practicó, igualmente, la lírica culta cancioneril, así como la de tipo popular, villancicos y romances, recogida en cancioneros. En resumen, "Isabel promovió los estudios clásicos e incluso lo que hoy llamaríamos como la alfabetización de las clases altas [...] extendió la cultura en un grado que el reino no había conocido hasta entonces"<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup> PENELLA, C., ob. cit., pág. 19

En palabras de Val Valdivieso, experta en el reinado de Isabel I de Castilla,

la futura reina recibió pues una amplia educación, moral y cristiana inicialmente, de acuerdo con los valores de su época. El protocolo y las habilidades domésticas apropiadas a una mujer noble del siglo XV también debieron ser tomados en cuenta. Además, recibió instrucción en gramática, retórica, pintura, filosofía e historia, una educación variada que explica la curiosidad intelectual y amplitud de conocimientos que demostraría posteriormente en su vida<sup>33</sup>.

## 5. Espiritualidad

Es imposible comprender la figura de Isabel I de Castilla sin conocer los profundos lazos de religiosidad que impregnaron su vida y su reinado. "El cristianismo era verdad absoluta a la que es imprescindible someter toda la conducta [...]. Por encima de las leyes que construyen los hombres [...] se encuentra siempre la ley de Dios"<sup>34</sup>. Pero, como indica Tarsicio de Azcona, "el fenómeno de su espiritualidad es necesario descubrirlo y probarlo. No fue innato"<sup>35</sup>. En la formación espiritual de la reina católica influyeron determinados acontecimientos y personajes.

En primer lugar hay que recordar que desde que Isabel llegó al mundo en 1451 su vida estuvo marcada por la religión; nació un jueves santo, día de referencia de fe para todos los cristianos. "El día que vio la luz Isabel no podía ser más señalado y más típico dentro de la tradición religiosa española"<sup>36</sup>. En este contexto es relevante mencionar a su familia materna, que tenían como referente a Santa Isabel de Portugal, reina de Portugal entre finales del siglo XIII y principios del XIV, a quién demostró una gran devoción a lo largo de su vida. Es por ello que el nombre de Isabel fue utilizado durante cuatro generaciones en la familia.

En segundo lugar, su enseñanza espiritual y religiosa estuvo ligada desde los comienzos a su educación. Desde los primeros momentos la constante formación espiritual moldeó el alma de Isabel. Así, por ejemplo, los monjes franciscanos que formaron parte de su educación en la villa de Arévalo también tuvieron un protagonismo relevante dentro de su formación religiosa. Estos exaltaban la pobreza como vía más correcta de acercamiento a Cristo, algo que, como veremos más adelante, fue estando cada vez más presente con el tiempo en la vida de la reina. Es preciso subrayar sobre todo a la Casa de Guadalupe, de la cual no sólo Isabel fue muy devota

---

<sup>33</sup> EDWARDS, J., ob. cit., pág. 15.

<sup>34</sup> SUÁREZ FERNANDEZ, L., ob. cit., pág. 109.

<sup>35</sup> EDWARDS, J., ob. cit., pág. 102.

<sup>36</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 10.

sino también otros miembros de su dinastía. Esto tendrá una múltiple manifestación a lo largo de su reinado por la elección de determinados frailes en importantes acontecimientos del mismo, el apoyo a casas de la orden o la elección de los franciscanos como mortaja, así como del convento franciscano de la Alhambra como lugar de enterramiento.

En tercer lugar, una de las figuras más importantes sin duda en este aspecto fue su madre, Isabel de Portugal, una mujer con una profunda y sincera fe cristiana. Dentro de la propia fortaleza de Arévalo predominó un fuerte ambiente religioso. Contaba con privilegios pontificios otorgados por el papa Nicolás V; poseía capilla propia en la que oía misa todos los días, incluso antes del amanecer. Nancy Rubin afirma que

la profunda fe cristiana de la reina viuda implicaba el que la Iglesia, con su promesa de una gloriosa eternidad le proporcionaba el consuelo necesario para conllevar la injusticia de la existencia terrena, y que inculcó en sus hijos Isabel y Alfonso la misma devoción piadosa<sup>37</sup>.

Así pues, la gran espiritualidad que vivió Isabel desde su niñez fue heredada e iniciada por su madre. Esta pone las bases de todas las virtudes que serán posteriormente atribuidas a la infanta, ya que creció bajo unos ideales que cumpliría fielmente durante toda su vida, dedicando muchas horas a la oración. De hecho, Paulo II otorgaría a la reina católica el privilegio de altar portátil y la posibilidad de oír misa cualquier día, la misma dispensa concedida a su madre. Este privilegio fue renovado posteriormente, lo que le permitió a la reina estar siempre cerca del Sacramento del Altar y su celebración en cualquier momento del día. En palabras de Azcona, "una manifestación sólida de la espiritualidad de Isabel fluyó de la vivencia del año litúrgico"<sup>38</sup>. Los reyes conmemoraban las principales victorias militares de su reinado como si se hubiera tratado de una colaboración entre Dios y los monarcas españoles. Asimismo, la conquista de Granada se celebraba como la culminación de la historia de España.

Dentro de la comitiva de damas que acompañaría a Isabel de Portugal a Castilla se encontraba Beatriz de Silva, fundadora de las concepcionistas. Según la tradición, la Virgen María se le apareció a Beatriz y le encargó la fundación de una nueva orden religiosa. Dicha visión fue consultada con los miembros destacados de la jerarquía eclesiástica, inclusive con la reina. Isabel mantendrá una gran amistad durante toda su vida con esta dama portuguesa, aunque tuvieron que pasar veinte años para poder volver a verse tras abandonar ambas Arévalo.

---

<sup>37</sup> EDWARDS, J., ob. cit., pág. 58.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, pág. 111.

Compartió con esta la devoción por la doctrina de la Inmaculada Concepción de María, muy impulsada por los franciscanos. Sin embargo, aunque su fundadora buscó la adaptación de la regla cisterciense, Isabel provocó el cambio por la regla franciscana clarisa, permitiéndoles conservar su hábito y algunos aspectos de la liturgia. Además, como resultado del gran mecenazgo de Isabel a los franciscanos, fundó tres capellanías en honor a la Inmaculada y donó grandes cantidades de dinero para la celebración de la fiesta de la concepción. Y es que la devoción de Isabel por esta doctrina tuvo una gran importancia en su vida y en su papel de reina activa. Tal y como afirma Elizabeth Leffeldt, "al subsumir su sexualidad en el poder metafórico de la doctrina de la Inmaculada Concepción, Isabel fue capaz de sancionar su naturaleza femenina [...]. El reino no se vería corrompido por la naturaleza femenina de Isabel"<sup>39</sup>. Asimismo, Teresa Enríquez, esposa de Gutierre de Cárdenas, le transmitió a la reina la devoción a la Eucaristía, y cuya devota pasión provocó su sobrenombre de "la loca del Sacramento".

En cuarto lugar, cabe destacar que Isabel siempre tuvo claro que gobernaba bajo la guía de Dios<sup>40</sup>. Poseía la convicción de que Dios la inspiraba en su labor, tanto en su ascensión al trono como en sus labores como reina. Sentía que el Señor le había encomendado la tarea de llevar su rectitud moral al pueblo desde la corona. Ella era la legítima heredera por mandato divino para poner orden en la Castilla caótica en la que se encontraba cuando Isabel era aún infanta. Este aspecto es muy destacado por todos los autores. Por ejemplo, en palabras de Suárez "en Isabel, la conciencia de que, de algún modo, Dios la había escogido para cumplir sus fines, desempeña importante papel"<sup>41</sup>. Asimismo, en palabras de Fernández,

ese sentimiento de vinculación con una tarea secular y sagrada da pronto a Isabel un signo mesiánico, y en ese sentido hay que tomar la noticia que nos transmite el cronista Fernando del Pulgar, de cómo a poco de iniciar su reinado, se le oía invocar a los cielos para que le alumbrasen, si justa era su causa<sup>42</sup>.

Así, como aparece reflejado en algunas fuentes, cuando surgía alguna dificultad en la etapa en la que luchó por ser nombrada princesa de Asturias, Isabel mostraba tranquilidad y acostumbraba a rezar. En otras palabras, se ponía en manos de Dios, restándole importancia a las maquinaciones políticas. Podemos mencionar también el ejemplo de que en medio de la

---

<sup>39</sup> EDWARDS, J., ob. cit., pág. 110.

<sup>40</sup> Este aspecto aparece reflejado en la obra *Regimiento de príncipes* dedicada a los reyes por Gómez Manrique, comentada en el apartado anterior.

<sup>41</sup> SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., ob. cit., pág. 113.

<sup>42</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 151.

guerra granadina, los reyes viajaron a Santiago de Compostela, donde permanecieron unos días para rogar el favor del Santo. Los autores afirman que dicha visita a la tumba del Apóstol fue un episodio emocionante para Isabel. "Allí anidaba la conciencia del afán de reconquista del suelo patrio, frente a la morisma musulmana, e Isabel, tan predispuesta para ello, se impregnó hasta los tuétanos"<sup>43</sup>. Otro ejemplo data de años antes del anterior, cuando Enrique IV aspiró casar a Isabel con el hermano del marqués de Villena, Pedro Girón. Isabel se dedicó a rezar los días previos a la ceremonia, utilizando como principal arma la oración. Finalmente Girón murió antes de llegar a encontrarse con la infanta, reforzando aún más su fe. Esta rectitud moral y religiosa que mostraba provocaba que buscara en los miembros de la Iglesia y de su entorno las mismas cualidades. Su causa era justa, por lo que Dios estaba de su lado; ella y su esposo eran *reges Dei Gratia*, reflejado en las monedas que se acuñarían posteriormente, como se observa en la imagen número 1 incluida en el apéndice documental. Sin embargo, ese poder otorgado por Dios confería a los monarcas el deber de usarlo correctamente, administrando recta justicia (*Iustitia Regnorum fundamenta*). Los cronistas siempre atribuyen tanto a Isabel como a Fernando una especial inquietud por esto último, ya que se consideraba el deber más importante de un rey. Se configuraba, por tanto, como una monarquía sacralizada.

La reina siempre vivió una profunda religiosidad desde su niñez, la cual fue creciendo con el paso del tiempo. Este crecimiento espiritual está vinculado al aumento tanto de sus responsabilidades como gobernante como de los éxitos políticos que consiguió como reina, precisamente como prueba del apoyo divino. Así, Isabel debía de mostrarse cada vez más devota y piadosa, hasta el punto de que Roma le concedió el título de Reina Católica. Uno de los objetivos que se marcó en su reinado fue el de reinaugurar la Reconquista del reino de Granada, en el que habían participado antepasados como Fernando III el Santo o Alfonso X el Sabio, siendo Isabel la que cerrara este proceso.

En quinto lugar, otra personalidad importante en este ámbito fue fray Hernando de Talavera<sup>44</sup>, confesor de la reina que se convirtió rápidamente en una de sus personas de mayor confianza por su austeridad y su exigencia de conciencia. Ser el confesor de la reina era un cargo que abría la posibilidad de influir en la política del momento, ya que los objetivos políticos estaban influidos por los sentimientos religiosos y la conciencia de Isabel. Este monje jerónimo procedía del ámbito académico. Estudió en la Universidad de Salamanca, donde había obtenido la cátedra de filosofía moral. Posteriormente, profesó en el monasterio de Santa María

---

<sup>43</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 254.

<sup>44</sup> Dependiendo de las fuentes consultadas se le denomina Hernando o Fernando.



del Prado, cerca de Valladolid, donde se encomendó a la vida espiritual. Exigía un alto grado de perfección en el comportamiento de los nobles, tal y como dejó explicado en su obra titulada *Manera de ordenar y emplear santamente el tiempo*. No se conoce la fecha en la que la reina conoció a Talavera y se puso bajo su orientación espiritual. Pero lo cierto es que el monje jerónimo intervino directamente tanto en asuntos de estado como en la relación íntima entre los reyes, constituyendo el motor de sus reformas; "Talavera se convierte automáticamente en el gran paladín de los nuevos reyes, en el pregonero del nuevo mensaje que ellos traían a Castilla, en el gran reformador de sus costumbres y en el alentador de todas las facetas positivas del nuevo régimen"<sup>45</sup>. No aceptó ningún cargo oficial pero sí eclesiástico (arzobispo de Granada), constituyendo una de las figuras más importantes de la política del momento.

Por tanto, la reina encontró en el fraile a un espléndido portavoz; de carácter tenaz, sin ansias de grandeza y con una convicción moral y religiosa inquebrantable. Fuentes contemporáneas nos han transmitido el papel tan importante que tuvo Talavera en la vida de los reyes y, sobre todo, en la de la reina Isabel:

Confesávanse muchas veces Rey y Reyna con él, y fuera de confesión le tratavan a solas sin encubrirle cosa de sus intentos y así se vinieron a fiar dél como de hombre verdaderamente santo y de singular prudencia. [...] Los Reyes, y más particularmente la Reyna, que no sabía vivir sin él y quisiera que no se le quitara su santo, que así le llamava, de su lado<sup>46</sup>.

Así, cuando los asuntos de estado provocaban que el confesor y la reina tuvieran destinos distintos, ambos continuaban en contacto por correspondencia, siendo una pequeña muestra del grado de complicidad que se alcanzó entre ambos. Solo han llegado hasta nuestros días tres de esas cartas, pero son igualmente una fuente excepcional para conocer el alma de Isabel<sup>47</sup>.

En palabras de sus contemporáneos, Talavera era, incluso para los musulmanes, un auténtico santo. Se recoge en las fuentes la anécdota de que, desde la primera confesión, el monje jerónimo exigió a la reina la posición canónica, de rodillas. Al contrario de la costumbre en la corte, la reina debía permanecer de rodillas durante la misma como todos los fieles por tratarse del tribunal de Dios. También influyó en Isabel en cuanto a su modestia en el vestir, la

---

<sup>45</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 228.

<sup>46</sup> ZAVALA, J.M., ob. cit., pág. 189.

<sup>47</sup> Dicha correspondencia se encuentra comentada en la obra anteriormente citada. Ibíd., pág. 193-195.

repulsión hacia los juegos de azar, hacia los espectáculos crueles como los toros, y al considerar impropio el comportamiento de algunas damas en las fiestas de la corte. Podríamos nombrar también la repulsión por el acto público de pecado que representaba la prostitución, que afectaba no sólo a la conciencia religiosa, política y moral de la reina, sino también como mujer. Ambos compartían la consideración de estas actividades como pecado y ofensa a Dios. Por ello, este aspecto elemental de la mentalidad religiosa de Isabel encontró un importante respaldo con Talavera. Y es que la reina manifestó cierta rebeldía contra la inmoralidad, es decir, aversión a todo lo opuesto al orden religioso. Sin embargo, la mayoría de sus contemporáneos, incluidos reyes, nobles y clérigos fueron partícipes de dichas actividades.

En sexto lugar, debemos hacer hincapié en que, a pesar de todo lo indicado anteriormente, en la vida de la reina encontramos episodios en los que ella misma tuvo que cuestionarse los designios de Dios. La temprana muerte de su hermano Alfonso, y, sobre todo, la muerte de su hijo Juan, su hija Isabel y su nieto Miguel fueron momentos decisivos en los que su fe se tambaleó. Sus sentimientos quedan reflejados en la siguiente frase: "Dios me lo dio, Él me lo ha quitado", citada en numerosas obras. Estas tres muertes tan cercanas una de otra en el tiempo llevaría a pensar a la reina que Dios le había abandonado. Posiblemente podría llegar a pensar que era la consecuencia de un castigo o el resultado de los extraños caminos del Señor para lograr sus metas. Por ello, en los últimos años de su vida, Isabel se confió fuertemente a la Orden franciscana, en la que sobresale Francisco Jiménez de Cisneros, gran reformador del clero hispano. Fue una persona admirada por la reina, así como un hombre de gran confianza que sustituyó a Talavera como confesor personal en 1492. Constituyó también la mano derecha de la reina tanto en asuntos espirituales como políticos. Tanto es así que, tras la muerte de ambos monarcas, Cisneros será encomendado para el control del reino hasta la proclamación de su nieto Carlos I como rey. Además, tanto Cisneros como Talavera, parece ser que acompañaron a la reina en sus viajes para escuchar sus confesiones y proporcionarle consejo espiritual.

La reforma de las Órdenes religiosas contó con la ayuda eficaz de este cardenal franciscano, no sólo por iniciativa personal de la reina, sino por la necesidad de lograr una Iglesia más ejemplar para la sociedad. Como ya indiqué con anterioridad, Isabel estuvo empapada de la espiritualidad franciscana, al igual que Cisneros, quién influyó en la misma y destacó a los ojos de la reina por su fiel devoción a dicha Orden. En ese momento, en el que Isabel ya no contaba con las energías que tenía en su juventud y tras sufrir las desgracias familiares, encontraría un sentido especial en la pobreza personal, así como en el amparo y

protección a los pobres. De hecho, la limosna fue una práctica de religiosidad muy ejercida por Isabel. Donó considerables cantidades de capital, ropa, comida, asnos o mulas tanto a pobres individuales como a instituciones caritativas y órdenes religiosas, destacando, de nuevo, los franciscanos.

En séptimo lugar, otra figura que destacó en este contexto fue el cardenal Pedro González de Mendoza, que tuvo "una presencia permanente, que inspiró constantemente la línea política interna y externa y que fue aceptado de buen grado como el mediador infalible en los conflictos, numerosos y agudos, con la Santa Sede<sup>48</sup>". Y es que Isabel llevaba consigo un cuaderno en el que anotaba las cualidades de los individuos que consideraba más idóneos para el episcopado, buscando sobre todo la austeridad. Lo cierto es que la relación que los reyes debían de tener con la religión y sus miembros era un aspecto esencial de su actividad monárquica. Los testimonios de los contemporáneos de Isabel afirman que siempre se encontraba muy activa para las actividades del Señor y muy generosa con el culto divino.

En último lugar, hay que hacer hincapié en uno de los documentos que más reflejan la religiosidad de la reina Isabel, su testamento, cuya primera y última página están incluidas en la imagen número 3 del apéndice documental. En el caso de otros monarcas las cláusulas religiosas se encuentran redactadas bajo una fórmula común, concebidas como apartados necesarios que debía incluir todo buen cristiano en su testamento. En Isabel no es del todo así. En palabras de Fernández, "la parte primera de su Testamento, donde aparecen las notas de su vida religiosa y de su devoción, son de tal sinceridad que nos parece estar escuchando a la propia Reina"<sup>49</sup>. La propia reina deja constancia de que su objetivo fue procurar que sus súbditos vivieran como buenos cristianos, combatir el Islam y extender la fe verdadera a las tierras descubiertas.

Aparece reflejado también el temor a la muerte y al juicio divino. En los últimos momentos de su vida la reina se dedicó plenamente a la religión de forma intensa. Así, cuando fue consciente de que se acercaba el final, rogó que no se rezase más por la salvación de su cuerpo sino de su alma. Isabel siempre se caracterizó por una sincera piedad, consciente de que los reyes también pueden morir en cualquier momento y como tales serán sometidos a un juicio más estricto. Tal y como dejó escrito Talavera "los reyes pueden morir de cualquier desastre, razón es de aparejar a bien morir antes que otra vez guste la muerte, que plega a Dios que nunca

---

<sup>48</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 228.

<sup>49</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 429.

sea por tal causa, querría que fuese en otra disposición que estaba ahora, en especial en la paga de las deudas"<sup>50</sup>. Debía de dejar todas las deudas pendientes resueltas, por lo que tenía para ello un departamento administrativo que se dedicaba a cumplir sus compromisos llamado la Audiencia de los Descargos. Asimismo, Isabel destaca de nuevo en su testamento que es Reina *por la gracia de Dios*, legitimando su reinado como consecuencia de todos los sucesos anteriores; Dios la había llevado a la corona para el cumplimiento de una alta misión. Menciona la figura de sus dos grandes confesores, Talavera y Cisneros, a los que tiene en cuenta y a quienes había encomendado la salud de su espíritu: "los quales sé que no basta mi lengua para contar ni mi flaca fuerça para los agradecer"<sup>51</sup>. Su testamento también está impregnado de su sensibilidad religiosa franciscana que tantas veces mostró a lo largo de su vida, haciendo continuas menciones a monasterios franciscanos. Además, dejó establecido en él la sencillez de sus exequias y sepultura al contrario de lo que era costumbre, ya que los funerales se utilizaban como fenómeno de exaltación política.

Debemos recordar que, en el siglo XV, la religión bañaba todos los aspectos de la sociedad, tanto personal como político y social, de tal forma que era imposible librarse de las referencias éticas y morales. Este pensamiento es opuesto al de la actualidad, por lo que nos resulta complejo adentrarnos en la mentalidad de las personas de la época. En palabras de Ladero Quesada, la religión "proporcionaba una concepción del mundo sin cuyo conocimiento adecuado mal podemos entender nada de su acción de gobierno ni de sus convicciones más profundas"<sup>52</sup>. Así, para Isabel, la religión marcaba las pautas de su vida. De hecho, "sin dejar de ser reina y actuar como tal, ya que éste era el servicio para el que Dios la había destinado, pretendía imponer a su vida la regularidad sistemática de una religiosa"<sup>53</sup>. Y es que, "la razón última estaba en que se tenía por valor supremo que el hombre, salido de las manos de Dios, a imagen y semejanza suya, no tenía otro deber más alto que el de conservar la fe"<sup>54</sup>. Construyó un oratorio en el que acompañaba a los jerónimos en sus rezos que ella llamaba "mi paraíso". Además, rezaba las horas canónicas, buscando que la obediencia fiel a la Iglesia fuese la base de la monarquía. Asumió el código de las Siete Partidas como propio, ya que estaba muy influenciado por el espíritu cristiano y el amor por la Iglesia. Todo ello llevó a la comparación

---

<sup>50</sup> MENÉNDEZ PIDAL, R., *Historia de España. La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, pág., 18.

<sup>51</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 432. Expresiones como estas hacen recordar al *Libro de la vida* de santa Teresa de Jesús

<sup>52</sup> LADERO QUESADA, M.A., *Isabel I de Castilla. Siete ensayos sobre la reina, su entorno y sus empresas*, Madrid, Dykinson, 2012, pág. 64.

<sup>53</sup> SUÁREZ FERNANDEZ, L., ob. cit., pág. 118.

<sup>54</sup> *Ibíd.*, pág. 121.

de la reina con la Virgen María, asimilación que a los franciscanos y castellanos de la época no les pareció impropia.

## 6. Matrimonio

Desde su nacimiento, Isabel formó parte de la feria de esposas que tenía lugar en la política de las cortes europeas en el siglo XV. Esto no fue un caso excepcional, ya que en el período histórico en el que nos movemos las infantas eran instrumentos políticos que los reyes utilizaban para forjar alianzas con otros reinos. Isabel estuvo desde muy temprana edad prometida a Fernando, hijo de Juan II de Aragón y el que finalmente acabaría convirtiéndose en su esposo. Sin embargo, este acuerdo fue roto por su hermano Enrique IV, quien la propuso en matrimonio con Carlos de Viana, príncipe de Navarra, Alfonso V de Portugal y Pedro Girón, maestre de la orden de Calatrava. A pesar de que el rey pretendía casar a su hermanastra con un monarca extranjero para alejarla de Castilla, todos estos intentos de matrimonio no llegaron a consolidarse, bien por oposición del rey de Aragón, al ver roto el pacto inicial, por oposición de la propia Isabel o debido a la prematura muerte que le sobrevino al último cuando iba en camino de encontrarse con la princesa. Era cuestión de escoger a la persona más favorable para salvar la encrucijada política, ya que Isabel se aferraría siempre a la idea de matrimonio político con su voluntad, no contra ella.

Enrique IV deseó siempre el casamiento de Isabel con Alfonso V de Portugal para amparar el derecho al trono de su hija Juana. Llegado el momento en el que Alfonso e Isabel concibieran un varón, este sería prometido con Juana, llegando a reinar de forma indirecta en Castilla. Además, rechazaba al pretendiente aragonés con el que mantenía cierta hostilidad y del cual temía que prestara apoyo a Isabel. Sin embargo, la infanta tomó la decisión de que sólo aceptaría como esposo a Fernando, contando con el apoyo del arzobispo Carrillo y del bando aragonés. No podemos llegar a conocer con exactitud las dudas que asolaron o no a Isabel en el momento de escoger a su futuro marido. Tampoco sabemos hasta qué punto elegiría libremente o sería el resultado de la necesidad de la situación en la que se encontraba, contemplando el enlace como simple objeto de interés político. Pulgar nos describe en su *Crónica* a la princesa invadida por la incertidumbre y la participación de Gutierre de Cárdenas en su intento de aconsejarla para escoger marido. Por un lado comentar que, como recalcan muchos autores, el cronista de los Reyes Católicos decoró en muchas ocasiones los pasajes descritos en su obra. Por ello no debemos tomar al pie de la letra el contenido de la crónica, que

además fue elaborada posteriormente a que sucedieran los acontecimientos, formando una reconstrucción ideológica de los hechos. Por otro lado, destacar la participación de Cárdenas:

Hacía el viaje de ida y vuelta en un tiempo increíblemente corto. Fernando [...] tomaba apresuradamente la carta sellada por Isabel. Cárdenas comía y bebía para reponer sus fuerzas y mientras tanto tenía que hablarle a Fernando sobre Isabel. [...] Cárdenas volvía a sentir el abrazo agradecido de la princesa cada vez que volvía con noticias<sup>55</sup>.

Lo cierto es que Fernando era el candidato que cumplía todos los requerimientos para Isabel:

Era también un príncipe español que hablaba su lengua, que tenía su edad y que poseía el mismo nivel palaciego. Nada de un rey caduco que la arrastrara lejos de Castilla, sino un heredero, como ella, de otra corona hispana, con el que poder ponerse de acuerdo en todo, tanto en las cuestiones domésticas como en las políticas<sup>56</sup>.

En enero de 1469 se firmaron las primeras capitulaciones matrimoniales a pesar de que Isabel continuara en la corte, cuya primera y última página está incluida en la imagen número 4 incluida en el apéndice documental. Fue en el mes de mayo cuando la princesa aprovechó la ausencia del rey para trasladarse a Valladolid desde Ocaña, mientras que Fernando fue avisado de la necesidad del inminente viaje hacia la misma ciudad en la que se celebraría la boda. Según el cronista Palencia, hubo una única entrevista entre los novios antes de la ceremonia. Si tenemos en cuenta esta versión, cuando Fernando llegó a la vivienda de Juan de Vivero donde se encontraba Isabel, fue recibido por el arzobispo Carillo antes de entrar a conocer a su prometida. Cárdenas le dirigiría a Isabel la frase *Ese es* para indicarle quién era Fernando.

Los meses previos a este primer encuentro fueron decisivos, ya que la futura reina pudo madurar la idea y asegurarse de que el candidato era el correcto. "Fernando era, indudablemente, un muchacho apuesto, cantado de lengua con aureola de valentía y aún de heroísmo, y en la unión de ambos vislumbraron los espíritus clarividentes horizontes de grandeza"<sup>57</sup>. Sin embargo, Isabel también fue informada del carácter espiritual y moral de Fernando, especialmente de su vida amorosa. El príncipe ya tenía dos hijos, Juana y Alfonso, futuro arzobispo de Zaragoza y por el cual mostró siempre Fernando cierta predilección. La

---

<sup>55</sup> PENELLA, C., ob. cit., pág. 58.

<sup>56</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 98.

<sup>57</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 142.

reacción de Isabel ante esta información es contradictoria en las fuentes. Por un lado se afirma que no tuvo que agradar mucho a la infanta, debido a que desde joven Isabel buscó en las personas de su entorno la misma rectitud moral que ella demostraba. Sin embargo, debido al momento delicado en el que ambos se encontraban, a la categoría del matrimonio y a la moral de la época no se concibió gravemente que el príncipe ya tuviera descendencia. Y por otro lado, se acepta que fue una información positiva y tranquilizante para Isabel y no una decepción, conocidos todos los problemas de sucesión que le acarreó a su hermanastro Enrique IV la dificultad de tener hijos.

Isabel envió carta a Enrique comunicándole su decisión sin que este llegara a aceptarla, por lo que el viaje que Fernando realizó para encontrarse con la princesa tuvo numerosos obstáculos. Debemos tener en cuenta que en la etapa histórica en la que nos movemos circulaban los relatos de caballeros aventureros que arriesgan su vida para salvar a una dama. Esta esencia de la cultura caballeresca posiblemente influiría en el espíritu de ambos jóvenes, sobre todo en los momentos previos a su encuentro. Asimismo, "el ansia de aventura está emparejada con la imagen del combate por la doncella cautiva; una doncella que, curiosamente, en aquellos relatos poéticos, se aparece siempre como una hermosa joven de cabellos rubios"<sup>58</sup>. Se trata de un factor a tener en cuenta a la hora de comprender el estilo novelesco en que aparece narrado el encuentro de ambos príncipes en los documentos contemporáneos, así como la caballerosa figura de Fernando de Aragón. De hecho, como ya recalqué anteriormente, ambos monarcas potenciarían en su reinado los libros de caballería.

Pero lo cierto es que Isabel aún no conocía a Fernando excepto por la información que le llegaría indirectamente al principio o de forma expresa posteriormente. En la mayoría de los textos contemporáneos se describe el primer contacto entre los príncipes cargado de romanticismo y sensibilidad. Tarsicio de Azcona indica lo siguiente:

Es sencillo dejar suelta la imaginación y pensar que en aquella princesa de dieciocho años no pudo menos de jugar fuerte el amor, la ilusión y la corazonada; por eso rechazó absolutamente al rey viudo de Portugal, que bien podía haber sido su padre, a juzgar por la edad; por eso eligió, locamente enamorada, el partido del príncipe de Aragón<sup>59</sup>.

---

<sup>58</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 104.

<sup>59</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 139.

Sin embargo, debemos de tener presente que estas fuentes describen la escena de una forma narrativa y adornada de matices. Parece ser, tal y como dice Fernández Suárez, que la vista no les defraudó y que ambos se gustaron al instante, ya que Fernando e Isabel encarnaban la estampa viva de los príncipes de las novelas de caballería.

Finalmente la boda tuvo lugar el 18 y 19 de octubre de 1469 en el Palacio de los Viveros, estando presentes personalidades tan relevantes en la vida de la reina como Chacón y Cárdenas. (Los desposorios de los Reyes Católicos se pueden observar en la imagen número 5 del apéndice documental) Algunos biógrafos de Isabel afirman que la princesa tuvo en estos momentos una actitud erguida, exigiendo condiciones al rey y príncipe aragonés. Otros, por el contrario, aceptan que existieron una serie de acuerdos entre ambos. Lo cierto es que "la situación de Isabel no era por aquellos días tan rosada, y que en sus plenipotenciarios, así como en los de Aragón, estaban bien ausentes cualquier sentimentalismo y desinterés"<sup>60</sup>. Aragón necesitaba la ayuda de Castilla para hacer frente a sus empresas en Cataluña y el Rosellón, así como Castilla necesitaba el apoyo de Aragón frente a Enrique IV. De hecho, la boda se puede concebir en un inicio como un desafío, tanto a la monarquía de Enrique como a Roma, como veremos a continuación.

Es necesario recalcar la gran importancia de este enlace, ya que no sólo unía dos reinos sino que constituía una forma de evitar problemas relativos al derecho al trono de Isabel, debido a que Fernando era el varón más próximo al trono de Castilla y perteneciente a la rama aragonesa de la dinastía Trastámara. Constituía un enlace idílico pero necesitado de una bula papal que legitimara el matrimonio, ya que Fernando e Isabel eran primos segundos. Este impedimento de consanguineidad de tercer grado no podía llegar a ser válido sin una dispensa papal, la cual no fue otorgada por Paulo II, al recibir ingentes cantidades de capital por parte de Enrique como consecuencia de que este también carecía de dispensa en su matrimonio. Por ello, la falsedad de la bula que se utilizó acarreó uno de los problemas posteriores, no concediendo la verdadera hasta diciembre de 1471 el papa Sixto IV, dos años en los que Isabel supo controlar la situación. Se trata de un momento importante en la vida de la joven reina, ya que no sólo se ponía fin a una situación difícil sino que la colocó bajo el favor pontificio.

Sea cuales fueren los motivos que impulsaron el matrimonio, lo cierto es que la unión entre ambos cónyuges tuvo grandes consecuencias tanto personales como políticas, alcanzando a tener una enorme trascendencia en la historia de España. Además, la relación con Fernando

---

<sup>60</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 142.



es un punto clave para comprender el carácter de la reina, tanto en el ámbito privado como político. Aunque la boda se efectuaría por cuestiones políticas, entre los cónyuges nació un gran afecto que tiene múltiples manifestaciones a lo largo del reinado y que, además, vemos reflejado en sus cartas. Desde el punto de vista personal, todas las fuentes han presentado de manera idealizada el amor que sintió Isabel por Fernando. "Es fácil de creer que la pasión iniciada en la distancia se incrementara desde aquellos instantes, anhelando ambos el inmediato matrimonio"<sup>61</sup>. Por ello, se fundamenta que el juego amoroso ayudó al montaje político, haciendo que la combinación de ambos factores creara excepcionales mandatarios reales. La mayoría de los autores coinciden en el repentino enamoramiento que surgió entre ambos como desencadenante de un perfecto ensamblamiento político. De hecho, los mismos reyes pusieron empeño en la demostración de sus conjuntas actuaciones, ordenando a los cronistas que siempre incluyeran en sus textos *el rey y la reina*. Pero, además de esto, Fernando constituyó un gran apoyo para Isabel, ya que ambos se consultaban y aconsejaban. Fernando era la única persona a la que Isabel amaba y admiraba. Sin su respaldo el reinado no hubiera tenido el mismo significado ni la misma dimensión. El autor Ladero Quesada, en su obra *Isabel I de Castilla. Siete ensayos sobre la reina, sus entornos y sus empresas*, recoge el testimonio de contemporáneos italianos y castellano, como Anglería, Sículo o Navagero, sobre el reinado conjunto de ambos monarcas y del afecto que mostraron uno por el otro.

Una muestra del cariño que Isabel sentía por Fernando podemos encontrarlo si revisamos cuidadosamente los documentos expedidos por ella. Así, como afirma Fernández Suárez, podemos encontrar a la mujer enamorada cuando alude a las virtudes de su esposo: "de todos los reyes y príncipes cristianos, el Príncipe, mi señor, era y es el más grato y apacible"<sup>62</sup>. Un ejemplo más lo encontramos en el deseo de ambos de ser enterrados en un lugar común, algo que seguramente hablarían en la intimidad. (En la imagen número dos del apéndice documental se puede observar el sepulcro de los Reyes Católicos) Esto aparece reflejado tanto en el testamento de la reina como en el primer testamento del rey:

En la que dicha reyna doña Isabel, mi muy cara y amada mujer, eligiere su perpetua sepultura, sy esto a ella viniese más en plazer, ca yo mucho deseo que assy como

---

<sup>61</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 107.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, pág. 130.

fuymos por matrimonio y sindular amor en la vida, assí no seamos apartados en la muerte<sup>63</sup>.

En este documento, Isabel aparece como el único objeto de amor de Fernando, confiándole inclusive la dote de sus otros dos hijos naturales, así como el mantenimiento de sus madres. Esto constituye una muestra del grado de confianza que se había alcanzado entre ambos, como resultado de los difíciles meses que vivieron previos a su reinado. Gómez Manrique llegó a reflejar en uno de sus cancioneros la soledad y tristeza que causaba en Isabel la marcha de Fernando:

La qual fuye las verduras / como la tórtola faze; /el deseo la desfaze, / todo plazer la desplaze, / los gozos le son tristuras; / [...] Basta que fincan agora / las damas y la señora / en tamaña soledad, / como la yerma cibdad / do ningún d vecino mora<sup>64</sup>

En los documentos que han llegado hasta nuestros días también podemos observar la ausencia que sentía Fernando al estar lejos de Isabel como consecuencia de los asuntos políticos que requerían su presencia:

No sé por qué Nuestro Señor me dio tanto bien para tan poco gozar dél, que ha ya tres años que no he estado con vuestra Señoría siete meses en vegadas. [...] No puedo dormir [...] los mensajeros que allá tenemos sin cartas se vienen, no por megua de papel ni de saber escribir, salvo de mengua de amor<sup>65</sup>.

En otra carta podemos leer:

Ahora se ve claramente quién de nosotros ama más. Juzgando por lo que habéis ordenado se me escriba, veo que podéis ser feliz mientras yo no puedo conciliar el sueño, porque vienen mensajeros y mensajeros y no me traen letra de vos. La razón por la que no me escribís no es que no tengáis a mano papel, ni que no sepáis hacerlo, sino que no me amáis y sois orgullosa.<sup>66</sup>

Sin embargo, también sucedieron episodios de enemistad y celos entre ellos. En cuanto al primero, posiblemente existieron discrepancias en el terreno político debido a la posición real que ambos representaban para sus respectivos reinos. Un punto de desconfianza que se generó

---

<sup>63</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 240.

<sup>64</sup> *Ibíd.*, pág. 189.

<sup>65</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 420.

<sup>66</sup> PENELLA, C., ob. cit., pág. 104.

entre ambos monarcas llegó en el momento de coronación de Isabel, que mantuvo a Fernando en la posición de rey consorte. Esto chocó con la tradición aragonesa, cuya costumbre siempre relegaba el papel de rey consorte a la mujer. Pero Isabel no renunció a sus privilegios de reina propietaria. Sí que estuvo dispuesta a una cierta forma de cosoberanía para salvar la dignidad de su marido. Según el cronista Palencia, Isabel sólo anunció por carta a Fernando la muerte del rey Enrique, pero no le informó de sus intenciones. En palabras de Azcona,

este es el dato que se ha barajado frecuentemente para achacar a Isabel falta de nobleza y causar la desconfianza que surgió inmediatamente dentro del matrimonio y entre sus seguidores. Leídas las abundosas y envenenadas páginas del cronista, no puede menos de aflorar a nuestra pluma una insistente desconfianza<sup>67</sup>.

Fernando se encontraba ausente en el momento de la coronación, inmerso en problemas catalanes y aragoneses, por lo que a su regreso se puede suponer la tensión psicológica que sentía el monarca, más aún cuando no se le dio entrada en la ciudad de Segovia, teniendo que alojarse en Turégano.

Otro punto de desconfianza surgió en el momento en el que Fernando buscó dar prioridad a los asuntos de Aragón frente a la guerra de Granada. Todos los acuerdos a los que se llegarían finalmente no hubiesen tenido lugar si los reyes no se hubieran reconciliado. Ambos consiguieron superar los escollos políticos que fueron surgiendo gracias a la buena relación íntima que se había desarrollado entre ellos; Isabel fue consciente desde muy joven de que la unión conyugal sin fisuras constituía el deber más importante. El futuro de ambos dependía de su buen entendimiento, ya que la armonía entre ellos era esencial para la estabilidad del reino. Además, Fernando valoraba a Isabel como mujer de estado, algo excepcional en los albores de la Edad Moderna.

En cuanto al segundo, como ya hemos recalado, los monarcas consiguieron tener armonía en su matrimonio. Sin embargo, el carácter mujeriego de Fernando provocó celos en la reina, causándole grandes perturbaciones espirituales, no sólo porque la afrenta se hacía a la mujer sino también a su dignidad real. Esto aparece reflejado en las crónicas. Por ejemplo, Pulgar alude que Fernando "amaba mucho a la Reyna, su muger, pero dábale a otras mujeres", así como Isabel "amaba mucho al Rey, su marido, e celábalo fuera de toda medida"<sup>68</sup>. Según sus propios contemporáneos, los celos de la reina hacían que vigilara continuamente a las damas

---

<sup>67</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 213.

<sup>68</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 421.

de la corte. Sículo afirma que "andaba sobre aviso con celos a ver si amaba a otras"<sup>69</sup>. Cuando notaba algún tipo de sospecha de que el rey se fijaba en alguna de las damas la despachaba. Esto era inevitablemente la comidilla de la corte, debido a que la reacción de Isabel, tal y como reflejan las fuentes, solía ser muy fuerte. Dichos sucesos serían también conocidos por sus hijos, encontrándose reflejados posteriormente en la documentación de Juana la Loca, que aludiría a los celos que sintió su madre. En palabras de Val Valdivieso,

estas infidelidades causaban profunda contrariedad a Isabel, que parece que les puso todos los obstáculos que estaban en su mano para que no se produjeran. Tuvo celos, aunque los controló, y fue inteligente también en ese asunto, ya que procuraba apartar de su casa a cualquier mujer que pudiera ser objeto de la atención de Fernando; por otra parte intentó evitar a los vástagos adulterinos para evitar problemas mayores<sup>70</sup>.

Aun así, Isabel fue una mujer que siempre continuó ejerciendo su labor como reina y nunca descuidó los asuntos de estado, situándolos por encima de los personales. Se mostró, como requería la época, fiel y cariñosa esposa, ya que según los cronistas esperaba en el umbral deseosa de ver a su marido. Fernando, por su parte, a pesar de los escarceos con otras damas, amaba a Isabel, incluso cuando esta ya no podía esperar más hijos. Su confianza no se oscureció en ningún momento, siendo ambos el confidente y la persona de mayor confianza del otro.

## 7. Isabel como madre

Al igual que Isabel formó parte de la feria de maridos desde su nacimiento, sus hijos tuvieron un papel fundamental en este terreno. A pesar de que la reina siempre se aferró a la idea de que no contraería matrimonio contra su voluntad, sus hijos constituyeron la argamasa necesaria para mantener en pie el fruto de su reinado y anudar relaciones internacionales. Cada uno de los descendientes de los Reyes Católicos fue emparejado con un monarca de las principales cortes europeas, desplegando una hábil política de alianzas. Esto llevaba intrínseco un objetivo personal pero también, evidentemente, político. A pesar de esto, no debemos olvidar que Isabel también dejó mostrar su faceta como madre; tuvo que sentir la marcha de sus hijos, uno de los momentos más tristes de su vida.

En una primera negociación, que tuvo lugar antes del nacimiento del primer hijo de los reyes, quedó establecido que si la criatura era varón casaría con Juana, hija de Enrique IV,

---

<sup>69</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 421.

<sup>70</sup> VAL VALDIVIESO, M.I., *Isabel I de Castilla (1451-1504)*, Madrid, Ediciones del Orto, 2004, pág. 64.

quedando ambos como herederos de la corona. La reacción de Isabel al conocer la noticia no tuvo que ser positiva, ya que se pretendía casar a su primer hijo con la mujer cuya legitimidad cuestionaba y que había aspirado a usurparle la corona. Como vemos, el primer descendiente de los reyes tuvo una especial importancia antes de nacer en el tablero político, ya que la sucesión de los hechos posteriores no hubiera sido lo mismo de haber sido varón, ya que ayudaba a legitimar y asentar la dinastía. Esto explica la frialdad con la que se acogió a la infanta Isabel, no siendo la noticia placentera para el bando aragonés y sí para Enrique. Por este motivo cuando Isabel redactó cartas a las ciudades comunicando el nacimiento, no especifica el sexo de la criatura. Es aceptado, por tanto, que la reina fue consciente de la situación problemática que esto suponía y que desde ese momento no sólo debía de luchar por sus derechos al trono, sino también por los de su descendencia. Isabel estuvo al lado de su hija siempre que pudo, como haría más tarde con el resto de sus hijos. La joven infanta acompañó a su madre a algunas acciones de la guerra de Granada, por ejemplo al cerco de Gibralfaro. Algunos autores afirman que esta estrecha relación junto con la temprana muerte de su primer marido contribuyó en la fuerte religiosidad de la infanta.

Tras este primer embarazo, debido a la intensa actividad en el plano político por la que tuvo que cabalgar muchas horas a caballo, Isabel tuvo un aborto del hijo que anhelaba. Podemos intentar imaginar lo que supuso para la reina, pero puede ser difícil. En este caso, el dolor que pudo sentir la mujer está relacionado con el dolor de la reina. Según la mentalidad de la época se consideraba la función más trascendental de una reina concebir y parir un varón que continuara con la sucesión y cuidado de los reinos. Además en este caso se sumaba que dicho heredero unificaría los reinos de Castilla y León bajo una sola corona, por lo que las esperanzas puestas en la descendencia de este matrimonio eran inmensas. Por tanto, este acontecimiento tuvo que significar un duro golpe en el primer año de su reinado, si tenemos en cuenta, asimismo, que tras esto tardaría varios años en volver a concebir. Es importante recordar que la insuficiencia de descendencia legítima era uno de los problemas de la dinastía Trastámara, siendo frecuente el fallecimiento de los infantes. Los ocho años en los que Isabel no vio acrecentada su descendencia provocaron inquietud en el reino. Testimonios contemporáneos reflejan la satisfacción y las esperanzas que se pusieron en el segundo embarazo de la reina. Talavera escribió a la reina: "Vuestro preñado es aca muy certificado y avemos por ello bençido y alabado a nuestro Señor"<sup>71</sup>.

---

<sup>71</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 289.

La alegría festejada por el nacimiento del segundo hijo de los Reyes Católicos se vería acrecentada por ser varón, quién llevaría el nombre de Juan, en memoria de sus dos abuelos y de San Juan Bautista. Este nacimiento aparece asimismo reflejado en numerosas fuentes de la época, destacando sobre todo el agrado por el sexo de la criatura, considerada enviada providencialmente por Dios para la esperanza de los reinos peninsulares. La alegría de Isabel se vio frustrada al conocer la noticia de que Juan II de Aragón pretendía que el niño se criase en dicho reino, debido a los problemas que acarreaba la influencia de la nobleza sobre la corona castellana. Cabe destacar también que, firmada la paz con Portugal, quedó establecido en el tratado de las tercerías que Juana La Beltraneja podía elegir entre profesar en un monasterio o contraer matrimonio con el infante Juan en caso de que este, tras cumplir la edad establecida, la aceptase<sup>72</sup>. La sobrina de Isabel quedaría de nuevo como reina heredera de Castilla y Aragón. La postura de la misma fue inicialmente negativa, sin embargo, ante la amenaza de terminar con la paz con Portugal, la reina tuvo que ceder y comenzar a negociar las condiciones. Isabel tenía especial cariño por su único hijo y heredero al que llamaba "mi ángel". Fue un niño de delicada salud por el que la reina rezaría mucho. De hecho, las fuentes aseguran que estuvo sumida en una gran ansiedad mientras se esperaba la llegada a Castilla de Margarita pero que vio con buenos ojos la alegría de su hijo ante tal enlace.

Su tercer embarazo tuvo como fruto dos niñas, de las cuales solo sobreviviría una, Juana, que posteriormente será conocida como Juana la Loca. Fue una joven de carácter extrovertido y gran sensibilidad. Al contrario que sus dos primeros hijos, la reina no sintió predilección por su tercera niña pero tampoco rechazo. A diferencia de sus hermanos, Juana no fue fácil de dirigir en su niñez, escapándose ligeramente de la tutela de los reyes. Además, Isabel nunca llegaría a comprenderla, lo cual se iría incrementando con el paso de los años. De su cuarto y quinto embarazo nacerían las infantas María y Catalina respectivamente. Su última hija demostró también parecido a su madre, así como fue fiel a la educación que había recibido en su niñez, demostrándolo años más tarde<sup>73</sup>.

---

<sup>72</sup> La intervención de Portugal en Castilla, que originó la llamada Guerra de Sucesión Castellana, se inició por el matrimonio entre Alfonso V de Portugal y Juana La Beltraneja. Debemos recordar que Alfonso V sería propuesto en matrimonio con Isabel previamente en dos ocasiones, por lo que se casará con Juana para poder reclamar la corona de Castilla en nombre de su esposa.

<sup>73</sup> Enrique VIII de Inglaterra utilizará el argumento de que el matrimonio de Catalina y su hermano Arturo fue consolidado, con el objetivo de considerar el matrimonio nulo y poder volver a contraer segundas nupcias con Ana Bolena. La hija de Isabel mantendrá siempre hasta su muerte que su primer matrimonio no llegó nunca a consolidarse, siendo una muestra de la misma endereza que demostraría su madre en momentos claves de su reinado.

La política de alianzas matrimoniales que iniciaron los Reyes Católicos tenía dos objetivos. El primero de ellos era consolidar la alianza con Portugal. La reina siempre mostró debilidad por la patria de su madre, además de que convenía tener la frontera atlántica como amiga para las navegaciones. El segundo era fortalecer la monarquía castellano-aragonesa en Europa y cercar diplomáticamente a Francia. Por ello, la infanta Isabel casó con el príncipe Alfonso de Portugal, que debido a su muerte casaría más tarde con su sucesor, Manuel el Afortunado. Juan y Juana casarían con Margarita y Felipe para enlazar con la casa de Borgoña y el Imperio. La reina puso grandes ilusiones en esta boda; "la doble boda castellano-austríaca llenó a Isabel de un optimismo desconocido al presagiar en lontananza para sus reinos y para sus hijos días de exaltación y poderío"<sup>74</sup>. Posteriormente, María casaría con Manuel, rey de Portugal y viudo de su hermana Isabel. Finalmente Catalina casaría con Enrique VII de Inglaterra, que murió poco después, por lo que contraería segundas nupcias con su hermano, Enrique VIII. Aun así, la reina, mientras la diplomacia ponía en marcha los compromisos, procuró ganar tiempo para que sus hijas no contrajeran matrimonio demasiado pronto.

El momento de los matrimonios de sus hijos significó un período de gran alegría para la reina, que vio posiblemente un futuro consolidado tanto para sus hijos como para Castilla. Sin embargo, el azar provocaría que los propósitos establecidos para la sucesión de los reinos cambiasen. El detonante lo constituiría la muerte de su yerno, esposo de la infanta Isabel. Este sería un momento en el que los reyes tuvieron que consolar a su hija por la muerte de su esposo. Las muertes tempranas e inesperadas de su hijo y de su hija primogénita tornarían la vida de la reina en tragedia y luto. Como ya he recalcado con anterioridad, las muertes se sucedieron en muy corto plazo, trastocando los proyectos de la reina y provocando un deterioro tanto en su salud como espíritu. Como madre había perdido a dos de sus hijos y como reina a dos herederos. De hecho, la mayoría de los autores afirman que la reina solía llevar buenos vestidos y joyas hasta que la vida empezó a transitar por amargos senderos que la apenaron. La reina sufrirá terriblemente, dolor que se ve reflejado en la correspondencia con el embajador Fuensalida.

El cronista Andrés Bernáldez denomina a estos sucesos "los tres cuchillos de dolor de la reina", ya que "desde estos tiempos vivió sin plazer la dicha reina doña Isabel, muy necesaria en Castilla e se acertó su vida e salut"<sup>75</sup>. El primero fue la muerte de Juan, temiendo que se derrumbara con ello todo lo construido con la tenacidad de Isabel y Fernando. La reina se encontraba lejos de su hijo en este trance, por lo que resulta de gran interés observar la

---

<sup>74</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 717.

<sup>75</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 388.

correspondencia que el rey mandó a condestable de Castilla para comunicar la noticia, observándose en ella la faceta más humana de ambos. Sin embargo, no tenemos ninguna información sobre la reacción de Isabel ante tal suceso. El segundo y tercer cuchillo fueron la muerte de su hija Isabel y posteriormente de su nieto Miguel, apenas transcurrido un año desde la muerte de Juan. Isabel era su hija primogénita, parecida a ella en carácter, actividades y gustos, con una voluntad firme y decidida, por lo que también similar en la forma de gobierno. Falleció en el alumbramiento del príncipe Miguel, llamado por la reina Miguel de la Paz, ya que su destino era unificar en una sola persona las coronas de Castilla, Aragón y Portugal. Su nieto falleció cuando aún no había cumplido los dos años, movilizándolo de nuevo la corte para reglamentar la sucesión.

### 7.1 La educación en la corte

Isabel comprendía la educación como un instrumento político, por lo que estuvo muy ligada tanto a la educación de sus propios hijos como a los individuos de la corte. En el caso de sus descendientes: "nunca demostró Isabel un temperamento severo ni una restricción calculada. Se volcó sobre ellos como cualquier madre apasionada. Soñó para ellos la mejor educación y los mejores maestros"<sup>76</sup>, para dotarlos de los conocimientos adecuados a su rango y a la función que desempeñarían en un futuro, como la gramática, la retórica, el latín o el gusto por la lectura. También se incluía en este terreno conocimientos relacionados con la guerra y el viajar, como cazar, el manejo de armas o montar a caballo, de los cuales las mujeres tenían un entrenamiento distinto. Les transmitió asimismo su interés por la cultura, signo de notoriedad, así como por la música, el canto y la danza. Será de especial importancia el aprendizaje de los modales cortesanos, el vestir, las buenas maneras o el saber presentarse en público para magnificar el reino que representan. En este terreno destacan Diego de Deza, "forjador de los hijos de los reyes, el oráculo doctrinal de Fernando y un buen exponente de la continuidad de los valores tradicionales"<sup>77</sup>. Fue el principal responsable de la educación del príncipe Juan. Pascual de Ampudia sería el preceptor de la infanta Isabel, Andrés de Miranda de Juana y Alejandro Geraldini de María y Catalina. También contaron con la intervención de Francesc Eiximenis, Don Juan Manuel, Rodrigo Sánchez de Arévalo, Alonso Ortiz (*Diálogo sobre la educación del príncipe don Juan*), o Diego de Valera (*Castigos y doctrinas que un sabio daba*

---

<sup>76</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 711.

<sup>77</sup> *Ibíd.*, pág. 595.



a sus hijas). "Todos los autores señalan que la Casa de Isabel fue un modelo de comportamientos morales y cortesanos de gran calidad humana y política"<sup>78</sup>. Y es que:

los actuales estudios sobre la Corte, en la estela de las investigaciones pioneras de Johan Huizinga y Norbert Elias, ponen de relieve su papel como <<poderoso ámbito de civilización, instancia de control social y órgano de moderación del comportamiento humano >>, mediante la formación de códigos de comportamientos con un contenido a la vez social y ético y unas manifestaciones rituales y estéticas<sup>79</sup>.

Asimismo, Val Valdivieso, experta en el reinado de Isabel I de Castilla, afirma que

la vida en la corte exige un previo entrenamiento, la adopción de ciertas actitudes y pautas de conducta, que sólo allí podían aprenderse, y que se ponen de manifiesto a través de conocimientos, actitudes y habilidades sociales. Además de eso, en la [Corte] de los Reyes Católicos, para poder alcanzar la categoría de "culto", era preciso contar con un cierto bagaje intelectual y moral<sup>80</sup>.

La reina Católica procuró inculcarles a sus hijos el mismo tipo de educación que ella había recibido. Ejemplo de ello es que los infantes hablaban portugués, lengua de la patria de su abuela materna. Así, la primogénita de los reyes destacaría en Portugal por sus buenas cualidades para el trato con los individuos de la corte, afianzándose en su cargo y mostrando continuamente la misma devoción que su madre. Asimismo, los libros de Isabel fueron utilizados por ellos, encargándose otros para su uso exclusivo. La música y la práctica de instrumentos fue un aspecto también cultivado, ya que encaminaba a los individuos hacia las virtudes políticas y morales, haciéndolos aptos para reinar. En los documentos contemporáneos aparece reflejada la impresión de admiración de muchos extranjeros por la educación que poseían los hijos de los reyes;

todos recibieron la educación que se estilaba en aquel tiempo en las casas reales: educación bajo el signo específico de la sabiduría sagrada procedente de la Biblia y de

---

<sup>78</sup> LADERO QUESADA, M.A., *Isabel I de Castilla...*, ob. cit., pág. 61.

<sup>79</sup> *Ibíd.*, pág. 116.

<sup>80</sup> VAL VALDIVIESO, M. I., "Isabel la Católica y la educación", *Aragón en la Edad Media*, Nº 19, 2006, págs. 555-562. Consultado en línea <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2245431> [11-8- 2016]

los textos litúrgicos. Para eso se imponía el aprendizaje del latín, que todos los infantes estudiaron a fondo<sup>81</sup>.

Debemos de hacer un especial énfasis en la figura del príncipe Juan. Isabel formó parte directamente de su formación, en la que empleó mucho esfuerzo, intentando inculcarle los valores de un verdadero príncipe. La reina conservaba libros de ejercicio de latín, posiblemente del príncipe, siendo una muestra de la importancia que otorgaba a la habilidad académica. Algunas de sus lecciones son recogidas por el cronista Fernández de Oviedo. Ángel Alcalá supone que Isabel compartió con su hijo los consejos inmersos en la obra de Gómez Manrique *Regimiento de príncipe*, creando además para él una escuela formada por diez miembros de diversas edades. Su matrimonio suponía la culminación de su educación como heredero de las coronas hispanas. Para que aprendiera las dotes de gobierno y la importante labor de administrar correcta justicia, la reina le concedió una corte propia en la villa de Almazán, en la que debía de impartir justicia a nivel local, rodeándole de juristas y letrados.

Y es que Isabel, como Fernando, soñaban con hacer de su hijo el futuro Rey-legislador, más que el Rey-soldado. Los recios tiempos de la guerra, los de la lucha por el trono y los de la conquista de Granada, ya habían pasado. Para la nueva España en paz, Isabel, como Fernando, soñaban con que su hijo la gobernara como un sabio y prudente juez<sup>82</sup>.

## 7.2 La educación de las mujeres

Todos los tratados de educación femenina hacían hincapié en la necesidad de una densa instrucción moral y religiosa para las mujeres que ejercían responsabilidades políticas en la época. En cuanto al primero, Isabel les ofreció a las infantas numerosas lecturas como *El jardín de las nobles doncellas*, *El libro de las donas*, *El libro de las virtuosas mujeres*, *De Institutione Christianae foeminae*, *Tractado e respuestas a ciertas preguntas de algunas reynas y grandes señoras*. Estos escritos trataban la educación femenina y ofrecían ejemplos de mujeres activas en la esfera pública. Uno de los componentes básicos dentro de la educación de las mujeres era la cortesía, la ideología caballeresca y el amor cortés. Esto conllevaba la construcción de un modelo femenino, así como una condición femenina que dio lugar a muchos documentos de los cuales se instruían también las infantas. En cuanto a la formación religiosa, se procuraba la instrucción temprana de oraciones, ayunos y meditación religiosa. En este aspecto las infantas

---

<sup>81</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 711.

<sup>82</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 595.

tuvieron como principal referente a su madre, acostumbrada a llevar una vida de oración cotidiana. Esto debía completarse con la experiencia de la templanza y la modestia, además de completarlo con la práctica de la conversación, considerada como arma femenina. El vestir se consideraba un arte en el que las damas debían de estar también enseñadas, ya que no se debía mostrar lo indebido. Sumado a esto, Isabel inculcó a sus hijas el autodomínio, que tanto ella había cultivado. Dentro de este campo, las infantas siempre contaron con el ejemplo de dormir con su madre cuando Fernando se encontraba ausente, algo que previamente haría con sus damas, para conservar la reputación de su honestidad.

Aquí debemos recalcar la figura de Juana, la primera hija de los Reyes Católicos en viajar a tierras lejanas de Castilla, por lo que la reina pasaría con ella la noche antes de embarcar, al igual que intentó hacer con Catalina. Sin embargo, después de todas las desgracias familiares, llega a conocimiento de la reina el extraño comportamiento de la que ahora es su heredera. Se decía que Juana estaba trastornada por los celos y que descuidaba sus deberes religiosos, por lo que Isabel intentará poner remedio a esto, mandándole un fraile de confianza que le ayudara a meditar. Y es que Isabel había educado a sus hijas en un contexto de estricta severidad sexual en el cual no se toleraban las ligerezas. En el período histórico en el que nos situamos, todas las cortes europeas, incluida Roma, tenían un consentimiento muy amplio del sexo, el cual Isabel intentó relegar a la intimidad del matrimonio y a la procreación.

Nos situamos en el año 1502, momento en el que la reina ya se encuentra muy quebrantada tanto por su salud como por las pérdidas familiares. Además, indudablemente, la reina tuvo que sentir el miedo de ver su obra, creada con tanto esfuerzo, en manos de la vulnerable Juana y de su esposo, Felipe el Hermoso, cuya amistad con el rey de Francia era muy conocida. Sentía además una gran soledad, ya que sus dos hijas menores habían partido para Portugal e Inglaterra, por lo que el momento de reencontrarse con Juana tuvo que estar cargado de ternura, además de esperanza de saber si podía dejar en manos de su hija su legado. Las relaciones entre ambas se fueron crispando hasta el enfrentamiento, al regresar el archiduque y obligar a Juana a quedarse en Castilla por un nuevo embarazo. Asimismo, los reyes intentaron que los hijos que Juana había dejado en Flandes viajaran a Castilla, donde debían permanecer para su crianza. Todos estos sucesos atormentaron a la reina en los últimos años de su vida, teniendo que abandonar el lecho de enferma en varias ocasiones, cuestionándose que sería de su obra política. Algunos autores afirman que pasaría por el pensamiento de Isabel el hecho de que era hija y madre de loca, dos caras de una misma moneda. Asimismo, las noticias que llegaban de Inglaterra sobre el segundo matrimonio de Catalina no

eran muy consoladoras para Isabel, ya que Enrique no parecía querer a la infanta. La reina se inquietaría y apenaría por sus hijas en los últimos días de su vida; únicamente María parecía estar feliz con su decisión. Sus hijas fueron todas, excepto Juana, modelo de mujeres y princesas con las mismas virtudes que su madre que brillaron por su buena formación.

## 8. El juicio de sus contemporáneos: ideal como mujer y como reina

Isabel comenzó su vida con una opinión desfavorable hacia su figura que se fue transformando con el paso del tiempo y de los acontecimientos. La popularidad que gozará la reina a lo largo de su vida y tras su fallecimiento se incrementó en los años centrales de su gobierno, alzándose como una esperanza tras el reinado de Enrique IV. Todas las fuentes castellanas y extranjeras nos transmiten una imagen positiva de Isabel, que, tras su fallecimiento y de manera unánime, se fue rodeando de fama, incluso hasta nuestros días. Isabel la Católica fue puesta como modelo a partir de entonces para los futuros gobernantes por su eficacia en el gobierno. Será en el siglo XX cuando comiencen a fraguarse algunas consideraciones negativas sobre la unión de reinos o la unidad católica que se consolidó bajo su reinado.

Isabel poseía una fuerte personalidad determinada por un carácter firme, una gran ambición política y clara inteligencia que sorprendió a muchos de sus coetáneos. Muchos de ellos advirtieron el cambio que se produjo en la corte con la llegada de la reina; "una fisonomía con rasgos de creciente superación moral y espiritual, de cierto temido ordenancismo en el cumplimiento de lo que hoy llamaríamos obligación profesional y de una benéfica entrega al cultivo de las letras y de las artes"<sup>83</sup>. Uno de los rasgos que la caracterizó fue su sentido de la realidad, es decir, la endereza de afrontar los retos que iban imponiéndose, así como la paciencia suficiente para conseguir poco a poco sus logros y batallas políticas. Observamos también en las fuentes de la época la gran dignidad regia que mostró en todos sus actos. Ella misma advierte: "he dado de mí tan buena cuenta como convenía a mi real sangre"<sup>84</sup>. Manifestó una gran capacidad de trabajo, acompañada de un gran esfuerzo, en contraste con los anteriores reinados de su hermanastro y de su padre. El cronista Pulgar refleja constantemente en su crónica el sentido de responsabilidad de Isabel por su deber de gobierno. Ella diferenciaba claramente sus sentimientos personales de sus deberes políticos, demostrando al mismo tiempo una gran testarudez por llevar las riendas de su reino únicamente a través de su decisión personal.

---

<sup>83</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 322.

<sup>84</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 129.

Una de las virtudes que más se recalca en las fuentes de manera constante, fruto del desgobierno imperante en los años anteriores, es su gran sentido de la justicia y del perdón, vinculados a la piedad y a la fe. Su causa era justa y su justicia implacable, llegando a ser temida. Su presencia imponía terror en los pueblos y la reina, posiblemente, era consciente de ello, siendo necesario para la estabilidad y orden del reino. En una carta del cronista Pulgar a Pedro de Toledo se recoge la impresión de la justicia que ejerció Isabel en su reinado:

Al presente ningunas nuevas hay que os escriba, porque en tiempo de buenos reyes adminístrase la justicia, y la justicia engendra miedo, y el miedo escusa excesos, y so no hay excesos hay sosiego, y do hay sosiego no hay escándalos, que crían la guerra... [...] [Los reyes] oyen y juzgan y quieren derecho<sup>85</sup>.

Concretamente en el caso de la reina Isabel, Fernando del Pulgar afirma que "era muy inclinada a facer justicia tanto que le era imputado seguir más la vía de rigor que de la piedad y esto lo facía por remediar a la gran corrupción de crímenes que falló en el Reyno cuando subcedió en él"<sup>86</sup>. Andrés Bernáldez, otro contemporáneo de Isabel, advierte que "fue la más temida y acatada reina que nunca fue en el mundo, ca todos los duques, maestros, condes, marqueses e grandes señores la temían e avían miedo della"<sup>87</sup>.

Esta reina perdonaba muy ligeramente los yerros que contra ella se hacían pero los yerros hechos contra otras personas muy gravemente y con grandes dificultades era traída a los perdonar, porque no podía sufrir a los quexos y clamores que le daban los agraviados e injuriados, sin que llevasen remedio de su justicia<sup>88</sup>.

Sin embargo, este rasgo tan característico de la reina católica fue evolucionando y cambiando progresivamente con el paso del tiempo. La mayoría de los autores aceptan que en sus últimos años la reina dejó de ser la mujer de recta justicia que había sacado a Castilla del desorden en el que se hallaba inmersa y que no tenía piedad con los malhechores. Siendo consciente de que se hallaba en los últimos días de su vida, Isabel se dolía con las desgracias ajenas, compatibilizando la justicia con la dulzura.

---

<sup>85</sup> AZCONA, T., ob. cit., pág. 347.

<sup>86</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 424.

<sup>87</sup> *Ibíd.*, pág. 424.

<sup>88</sup> Numerosos testimonios contemporáneos sobre la justicia que ejerció Isabel son recogidos por el autor LADERO QUESADA, M.A., *Isabel I de Castilla...*, ob. cit., pág. 84.

Otro rasgo de su personalidad fue su firmeza, sorprendente asimismo para sus coetáneos. De hecho, Isabel se proclamó reina cuando Fernando se encontraba fuera de la corte, incluyendo en su desfile una espada, símbolo de justicia. Esto impactó a sus contemporáneos, incluido a su esposo Fernando:

Quisiera [...] que Alfonso de la Caballería, como jurisconsulto, y tu Palencia, que leístes tantas historias, me dijeseis si hay en la Antigüedad algún antecedente de una reina que se haya hecho preceder de ese símbolo, amenaza de castigo para sus vasallos. [...] Todos sabemos que se concedió a los reyes pero nunca supe de reina que hubiese usurpado este varonil atributo...<sup>89</sup>.

En palabras de Ladero Quesada,

su corte y sus reinos fueron escenario de cómo ejerció “el oficio de rey”: “soberana en el mandar”, celosa del uso de los títulos, insignias y señas de poder que eran exclusivos de la realeza, “ceremoniosa en los vestidos y arreos y en sus estados y asientos y en el servicio de su persona” (Hernando del Pulgar), inspiradora a la vez de afecto y de temor<sup>90</sup>.

Isabel escondió siempre su lado humano, mostrando esto un rasgo más de su carácter, la majestuosidad de su porte. Así, cuando Fernando sufre un atentado en Barcelona que casi acaba con su vida, la reina soltó algunas lágrimas al ser comunicada que el rey estaba finalmente a salvo de peligro. Este momento, en el cual Isabel fue esposa antes que reina, es recogido con asombro por varios cronistas, entre ellos Fernández de Oviedo. Además, también observamos el lado más afectuoso de Isabel en las cartas que envió a su confesor Hernando de Talavera para explicarle como era la herida que había sufrido su esposo, y que no había tenido corazón suficiente para verla. Asimismo, mostró un trato cariñoso a sus seres queridos o agrado por los buenos vestidos y las joyas, como se observa en el documento número seis del apéndice documental.

Encontramos asimismo alabanzas poéticas a Isabel, como por ejemplo el *Tractado* de Diego de San Pedro, donde se alaba la labor de la reina, *Canción en loor de la Reyna doña Ysabel de Castilla* de Antón de Montoro, que compara a Isabel con la Virgen María, y *Coplas de Juan Álvarez Gato a la Reyna Nuestra Señora*, en el que también se diviniza la figura de la

---

<sup>89</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 143.

<sup>90</sup> LADERO QUESADA, M.A., *Isabel I de Castilla...*, ob. cit., pág. 20.

reina. Todas tienen un punto común, el desprecio contra su predecesor. Y es que, muchos escritores favorecieron la posición prácticamente absolutista de la monarquía que imperaba en Castilla desde el siglo XIII. Por ello, Isabel fue divinizada por un sinnúmero de autores, como fray Íñigo de Mendoza, Juan del Encina, Fernando del Pulgar, Andrea Navagero, Lorenzo Galíndez de Carvajal, Andrés Bernáldez, Lucio Marineo Sículo o Pedro Mártir de Anglería.

Todo lo mencionado con anterioridad contribuyó a la moralización de la imagen regia, potenciando la renovación del ideal cruzado en Castilla y favoreciendo el desarrollo de ideas milenaristas. Por ello, se comenzó por parte de los cronistas a justificar las acciones de los monarcas castellanos a través de referencias a antecedentes históricos. Sin embargo, algunos autores destacan que la historiografía se ha empeñado en atribuirle a Isabel toda una serie de virtudes sobrenaturales a todos los niveles, construyendo a través de ello un modelo de reina santa que lleva a cabo la labor que Dios le ha encomendado. De este modo, todas las alabanzas realizadas sobre Isabel por sus contemporáneos formarían parte de la necesidad de alabar a la reina, bien por aquellos que la servían o bien por los que buscaban mantener su posición y privilegios. Sin embargo, es difícil suponer por ello que existiera una libertad de criterio o independencia ideológica en estos escritos, ya que los cronistas eran servidores designados precisamente para esta labor propagandística intrínseca en todo monarca, respondiendo al paradigma de la monarquía tradicional.

Independientemente de esto, el número de individuos que escribieron sobre la reina católica durante su vida o tras su muerte es muy elevado, sobre todo en comparación con otros monarcas de la época. En su mayoría se trata de escritores castellanos, seguidos por italianos, fruto de la propaganda realizada por los reyes en dicho territorio. A parte de estos, han llegado hasta nuestros días testimonios de viajeros extranjeros que pasaron por Castilla, como por ejemplo Jerónimo Münzer, médico alemán. Este está convencido “de que el Todopoderoso ha enviado del cielo a esta mujer religiosísima, piadosa y dulce, para, en unión con el rey, levantar a España de su postración”<sup>91</sup>. Hoy en día no tenemos aún testimonios de otros países europeos con los que Castilla mantuvo relaciones diplomáticas, así como tampoco testimonios aragoneses, valencianos o catalanes excepto Pedro Marcuello. Algunos autores afirman que podría deberse a la tendencia existente de disminuir la importancia política de la figura de Isabel que aparece posteriormente.

---

<sup>91</sup> SUÁREZ FERNANDEZ, L., ob. cit., pág. 113.

Pero no todos los cronistas contemporáneos exaltaban la figura de la reina, destacando entre todos a Alfonso de Palencia, posiblemente por el hecho de que una mujer se coronara reina propietaria de Castilla. Palencia realizó numerosas críticas en su obra a varias mujeres prominentes de la época, entre ellas a la amiga íntima de la infancia de Isabel, Beatriz de Bobadilla. La reina es descrita por el cronista como “maestra de fingimientos y engaños”, opinando que debía “al menos haber pretendido actuar como reina consorte y misteriosamente sugiere que [de] aquí surgió el germen de graves contiendas”<sup>92</sup>. Según Palencia, Isabel había usurpado el papel masculino de monarca propietario pero conservando las debilidades de carácter de su sexo, por lo que sus decisiones políticas estaban ligadas a su naturaleza femenina. Por el contrario, esa fortaleza de varón bajo su condición femenina fue ensalzada por otros coetáneos, como fray Íñigo de Mendoza: "O alta fama viril / de dueña maravillosa / que el estado feminil / hiso fuerza varonil / concabte la virtuosa"<sup>93</sup>.

## 9. Imagen tras su muerte

Isabel puso un gran empeño por resolver problemas y malos hábitos del reinado anterior en muchos aspectos, llegando a la culminación de un proceso iniciado por sus antepasados Trastámaras gracias a su propia determinación. Las medidas de reforma que nunca dudó en aplicar estaban siempre acompañadas tanto de su ayuda como de su propia iniciativa, ausente en sus antecesores, por lo que los efectos más perdurables de su reinado fueron los morales. En primer lugar, destaca el establecimiento de una concepción del poder regio basada en la absoluta autoridad del monarca que únicamente tenía que responder ante Dios. Dejó definida la posición del monarca frente a otros sectores, recomponiendo la autoridad real que se encontraba resquebrajada y evitando las confrontaciones internas. Además, introdujo la novedad de que una mujer se proclamase reina propietaria de Castilla, constituyéndose como la primera mujer gobernante de un estado europeo moderno, junto con el ejercicio de una monarquía dual con su esposo Fernando de Aragón. Consiguió el control de la nobleza y el clero, que tanto protagonismo habían tenido en reinados anteriores, debido al controvertido inicio de su dinastía, asunto del que me he ocupado en otro lugar. Respetó el poder nobiliario mientras que este no se interpusiera con los objetivos de la corona. Llevó a cabo una gran política selectiva de funcionarios, dejando entrar a colaboradores de otros estratos sociales, sobre todo a la burguesía media, estableciendo rigurosos cánones selectivos.

---

<sup>92</sup> EDWARDS, J., ob. cit., pág. 70.

<sup>93</sup> LADERO QUESADA, M. A., *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pág. 135.



En segundo lugar, puso las bases para la elaboración del estado castellano moderno, sentando los cimientos de la unidad peninsular, del predominio castellano y dejando paso al concepto de España. Con el reinado de Isabel se puso fin a un proceso iniciado a mitad del siglo XIV con el reinado de su padre y su hermanastro caracterizado por los problemas políticos y las guerras civiles por el poder. Ella inició una serie de proyectos de toda índole que contribuyeron al desarrollo y modernización de Castilla, salvando la crisis tanto feudal como social. España comenzaba a alcanzar un papel preponderante tanto dentro de su propia historia como en la del mundo, iniciando un gran despliegue y expansión política y económica, articulándose como país bien definido y centro de un Imperio. Es el inicio de la Monarquía Hispánica.

En tercer lugar, la reina llevó a cabo la unidad de la fe cristiana y la unificación territorial castellana, devolviendo al reino y a la fe las tierras que les fueron arrebatadas por los musulmanes en el siglo VIII. En último lugar, mencionar que la cultura en todas sus vertientes experimentó también un gran impulso durante estos años. Es de vital importancia recordar el descubrimiento del Nuevo Mundo que se realizó en 1492. Por estos momentos, la existencia de una nueva región geográfica desconocida resultaba un pensamiento inusitado e insólito. Por ello, cuando Cristóbal Colón llegó a la corte castellana en 1484 y planteó su idea a la reina de llegar a la India a través de una nueva ruta, ésta tuvo que meditar y consultar mucho la opción de llevar a cabo este proyecto, que podía traer prosperidad al reino o no. Isabel se dejó llevar por esta nueva idea, muy atrevida en su tiempo. La trascendencia que tendrá su respuesta fue insólita; extendió el comercio y la influencia de Castilla a regiones donde ningún otro país europeo había llegado hasta entonces. Aunque en estos momentos ya se percibió la inmensidad del descubrimiento, la reina nunca llegaría a conocer su verdadero alcance.

Isabel intervino como mujer y como reina en todos los asuntos, siendo uno de los grandes y primeros ejemplos de que la condición de mujer no era un obstáculo para reinar y podía contener connotaciones positivas. Buscó siempre el bien para el pueblo pero sin mermar su poder y prerrogativas, participando en la toma de decisiones estratégico-políticas. Su forma de gobierno fue elogiado por muchos autores, entre los que mencionamos especialmente a Baltasar de Castiglione, quien describió veinte años después de la muerte de Isabel, su divina forma de gobernar, de forma que dejó tan buena memoria que parecía que continuara reinando después de fallecer: "...de tal manera que, aunque su vida haya fallecido, su autoridad siempre

vive, como rueda que movida con gran ímpetu largo rato, después ella misma se vuelve como de suyo por buen espacio, aunque nadie la vuelva más"<sup>94</sup>.

Sin embargo, debemos ser conscientes de que la trascendencia del reinado de los Reyes Católicos ha sido "mitificada" o, dicho de otra manera, "actualizada políticamente" en los años posteriores. Esto ha provocado la construcción de imágenes mentales que se asocian directamente al pensar en estos personajes; se forjaron las descalificaciones hacia el autoritarismo regio y hacia el centralismo, relacionados con la forma de gobierno, las interpretaciones nacionalistas que aparecieron desde el siglo XIX, relacionadas con la unión dinástica o la denominada "leyenda negra", relacionada con la materia religiosa. Los grandes avances del siglo XX en métodos de trabajos han contribuido a la deconstrucción de las mismas y a la renovación de los conocimientos históricos. A pesar de esto, resulta una labor tediosa y difícil de llevar a cabo en los trabajos históricos, que a veces tienden a caer, posiblemente de forma inconsciente, en clichés mentales como consecuencia de que, a pesar de todo, la producción historiográfica es siempre fruto de su época.

## 10. Descripciones

### 10.1 Documentales

Llegados a este punto, debemos recordar que la formación de la memoria colectiva de un monarca se originaba a través de la opinión de los individuos, la propaganda y los documentos de la época que se difundían posteriormente. Por ello, la realidad sufría filtros, modificaciones, silencios, actualizaciones y falsedades.

#### 1.- Descripciones físicas

La apariencia física de los monarcas poseía una gran importancia, mayor por aquel entonces, no sólo como elemento de atracción política sino porque constituye una serie de referencias simbólicas y cualidades del alma. El cabello rubio, los ojos azules o la tez blanca representaban connotaciones positivas Isabel poseía todos estos elementos provenientes de sus antepasados Trastámaras. Al revisar la documentación, nos encontramos la descripción física de Isabel realizada por varios cronistas y escritores de la época, así como de los siglos posteriores, de los cuales he seleccionado algunos para incluirlos en el presente trabajo:

---

<sup>94</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., ob. cit., pág. 453.

Isabel era una mujer graciosa, de mediana estatura, *blanca y rubia*, como la mayor parte de los miembros de la Casa Trastámara, con ojos claros, entre azules y verdes, mirada franca y expresión serena, casi alegre<sup>95</sup>.

Era de comunal estatura, bien compuesta en su persona e en la proporción de sus miembros, muy blanca e rubia; los ojos entre verdes e azules, el mirar gracioso e honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre<sup>96</sup>.  
(Hernando del Pulgar)

En hermosura, puestas delante de Su Alteza todas las mujeres que yo he visto, ninguna tan graciosa ni tanto de ver como su persona<sup>97</sup>. (Gonzalo Fernández de Oviedo)

La prinçesa tenía los ojos garços, las pestañas largas muy alegres, sobre grand honestad y mesura; las cejas altas, enarcadas, acompañando mucho a la beldad de los ojos para lo que fueron conpuestas; la nariz de aquel tamaño y façion que mejor para hacerle el rostro bello se pornía; la boca y labios pequeños y colorados; los dientes menudos y blancos; risa, de la qual era muy templada, y pocas y raras vezes era vista reyr como la juvenil edad lo tiene de costumbre, [...] la cara tenia muy blanca y las mexillas coloradas, y todo el resto muy pintado y de presençia real; la cabelladura tenia muy larga y ruvia, de la más dorada color que para los cabellos mejor parecer se demanda, de los quales ella masvezes se tocava que de tocados altos y preçiosos, [...] la garganta tenia muy alta, llena y redonda como las damas para mejor parecer lo demandan; las manos tenia muy estremadamente gentiles; todo el su cuerpo y persona el más ayroso y bien dispuesto que muger humana tener pudo, y de alta y bien compasada estatura, asi que persona y rostro ninguna en su tiempo lo tobo en la perfeçión y gentileza más apurado; tanto en el ayre de su pasear y beldad de su rostro era lucida, que si entre las damas del mundo se hallara, por reyna y prinçesa de todas, uno que nunca la cognosçiera, le fuera besar las manos<sup>98</sup>. (Título IV de la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*)

Todas sus facciones eran bellamente proporcionadas para formar un compuesto muy amable; el rostro hermoso, el color blanco y rubio; los ojos entre verde y azul; el mirar

---

<sup>95</sup> MENÉNDEZ PIDAL, R., ob. cit., pág., 15.

<sup>96</sup> LADERO QUESADA, M. A., *La España de los...*, ob. cit., pág. 132.

<sup>97</sup> ZAVALA, J.M., ob. cit., pág. 19.

<sup>98</sup> VAL VALDIVIESO, ob. cit., pág. 70.

muy gracioso y honesto; la estatura mediana; el movimiento compuesto y majestuoso; las acciones de agrado; la voz suave, la lengua [la manera de hablar] expedita; el ingenio agudo; la honestidad cual pocas; el corazón cual ninguna<sup>99</sup>. (Padre Flórez)

Los cuatro últimos restantes fragmentos pertenecen a la obra *Isabel I de Castilla. Siete ensayos sobre la reina, su entorno y sus empresas*, del autor Miguel Ángel Ladero Quesada:

A quien Dios fizo fermosa / cuerda, discreta, sentida / en virtud esclarecida, / buena, gentil y graciosa; / dio vos linda proporción, / dio vos virtud y grandeza / que no hay comparación / de vuestra gran perficción / en toda la redondeza. Aquel Dios que os adornó / de beldad más que a ninguna / de los bienes de fortuna / tan buena parte vos díó... (Gómez Manrique, *Regimiento de Príncipes*)

"Estatura prócer y un tanto corpulenta; muy hermosa de rostro, diríase que apenas tuviera treinta y seis años". (Müzer, 1494)

"Fue mujer fermosa, de muy gentil cuerpo e gesto e composición". (Bernáldez)

"Todo lo que había en el rey de dignidad se hallaba en la reina de graciosa hermosura y en entrambos se mostraba su majestad venerable, aunque a juicio de muchos la reina era de mayor hermosura, de ingenio más vivo, de corazón más grande y de mayor gravedad". (Sículo)

## 2.- Opiniones coetáneas

Todos los cronistas recogen en sus escritos el retrato moral, psicológico e intelectual de la reina Isabel, coincidiendo todos en su calidad moral, el control de su persona, su honestidad y pudor como expresiones de la pureza y castidad personal, además de un compendio de numerosas virtudes. Todos estos rasgos recogían un mensaje de orden político que contrastaba con el desorden que existía en el reinado de su predecesor, como ya he recalcado en varias ocasiones. De no haber sido por la necesidad de este contraste, posiblemente los cronistas no habrían puesto tanto énfasis en resaltar la moral regia. Dicha moral se refleja a continuación en una serie de textos que he seleccionado tras revisar numerosas fuentes. Además de ello, he incluido la opinión tanto de sus contemporáneos como la que suscitó en los siglos posteriores. He de recalcar que la información encontrada sobre la opinión que generó la figura de Isabel la

---

<sup>99</sup> ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, G., *Isabel la Católica y el arte*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2006, pág. 81.

Católica es muy abundante, por lo que he escogido los que me han resultado más significativos para el contexto del trabajo. No obstante, si se quisiera consultar más información acerca de esto, es de gran interés la obra de Vicente Rodríguez Valencia titulada *Isabel la Católica en opinión de españoles y extranjeros*.

El primer fragmento que he recopilado pertenece a la obra *Isabel la Católica*, del autor Tarsicio de Azcona:

Y ellos amos a dos / e la Infanta graciosa, / con otros que vos dé Dios / acaten, Señor,  
a vos / e a la muy poderosa / Reyna, cuya honestidad, / seso, bondad e virtud, / para  
ser en joventud, / es en grande stremidad. (Gómez Manrique) (pág. 13)

El siguiente fragmento pertenece a la obra *Isabel la Católica: poder y fama*, del autor John Edwards:

Era mujer muy aguda y discreta [...] y era de tan excelente ingenio que, en común de tantos e de tan arduos negocios como tenía en la gobernación de los Reynos, se dio al trabajo de aprender las letras latinas; e alcanzó en tiempo de un años saber en ellas tanto, que entendía cualquier fabla o escritura latina (Hernando del Pulgar) (pág. 143)

Los cuatro siguientes fragmentos corresponden a la obra ya citada anteriormente *Isabel I de Castilla. Siete ensayos sobre la reina, su entorno y sus empresas*, de Miguel Ángel Ladero Quesada:

Casada, madre, reina, y tan grande / asentando nuestros reales, ordenando nuestras batallas, nuestros cercos parando / oyendo nuestras querellas, nuestros juicios formando / inventando vestires, pompas hablando, escuchando músicos, torear mirando / rodando sus reinos, andando, andando y nunca parando / gramática oyendo, recrea" (Juan de Lucena, *Epístola Exhortatoria a las letras*) (pág. 51)

Que muestra sin debate ser con vuestra alteza la mano de Dios...pura en fe, entera en castidad, profunda en consejo, fuerte en constancia, constante en justicia, llena de real clemencia, humildad y gracia... Más divina que humanas hazañas..." (Rodrigo de Santaella, *Vocabulario Eclesiástico*, 1495) (pág. 51)

Muy alta, muy poderosa / del mundo mayor señora / muy justa, muy piadosa, / muy liberal, muy hermosa, / y muy recta regidora, / muy devota, muy servida, / muy amada, muy temida, / y sobre la soberanas / judías, moras, cristianas, / la muy más

exlaecida... (Pedro Gracia Dei, *Las quinze preguntas que fizo papa Julio a Gracia Dei...*) (pág. 51)

Si los pueblos de España, los señores, los privados, los hombre y las mujeres, los pobres y los ricos, todos no están concertados en querer mentir en loor de ella, no ha habido en nuestros tiempos en el mundo más glorioso ejemplo de verdadera bondad, de grandeza de ánimo, de prudencia, de temor de Dios, de honestidad, de cortesía, de liberalidad y de toda virtud, en fin, que esta gloriosa reina. (Baltasar Castiglione, *El cortesano*) (pág. 51)

El resto de fragmentos pertenecen a la obra *Isabel íntima*, del autor José María Zavala, quién realiza un compendio de testimonios sobre la santidad de la reina Isabel:

Antes digo lo que Nuestro Señor y Maestro dijo a san Pedro, que es bienaventurado vuestro espíritu que demandó lo que la rudeza humana no le pudo revelar [...]. Renuévese por Dios vuestra muy noble ánima y procure la perfección, ca estado tenés, no de quien quiera, mas de dueña y señora tan perfecta y tan llena de toda virtud y bondad, como entre las aves el águila, de cuya perfección todos, y mayormente todos los de vuestros reynos y señoríos han de rescivir y participar. (Fray Hernando de Talavera) (pág. 268)

Lo principal es de encomendar afectuosamente con mucha devoción el ánima de la Reina Nuestra Señora a Dios. Su vida fue siempre católica y santa, y pronta a todas las cosas de su santo servicio; y por esto se debe creer que está en su santa gloria. (Carta de Cristóbal Colón a su hijo, el 3 de diciembre de 1504) (pág. 269)

No me parece poco atrevimiento para mi flaco ingenio querer yo discantar la vida e historia de la serenísima e católica Reina doña Isabel, de inmortal memoria. Pero aunque yo no sea tan suficiente ni tal mi estilo para navegar e discurrir por la muy alta e profunda mar de sus excelencias, por poco que diga dellas será mucho comparado con todas las otras reinas de nuestro tiempo: pues aunque se juntes todas, quedarán muy atrás cotejadas con esta cristianísima Reina nuestra. A la cual en devoción las muy religiosas no la daban ventaja y a todas sobrepujaba. (Gonzalo Fernández de Oviedo, entró al servicio de la reina como paje a los 14 años; fue militar, cronista y colonizador y, con 77 años de edad, escribió lo anterior) (pág. 269)

¿Quién podrá contar las excelencias de esta cristianísima e bienaventurada Reina, muy digna de ser loada por siempre? Allende de ser ella castísima e de tan noble e excelente prosapia e pro genie [...]. Tuvo ella otras muchas excelencias de que Nuestro Señor la adornó [...]. Fue prudentísima Reina, muy católica en la santa fe [...]. Fue muy devotísima e muy obediente a la santa madre Iglesia e muy amiga e devota de la santa e limpia religión. (Andrés Bernáldez, Cura de Los Palacios) (pág. 270)

Era muy cathólica e devota, fazía limosnas secretas e en lugares devidos, honrraba las casas de oración, visitaua con voluntad los monasterios e casas de religión, aquellas do conosçía que guardavan vida honesta, e dotáualas magníficamente. (Hernando del Pulgar) (pág. 271)

Pura en fe. Entera en castidad. Profunda en consejo. Fuerte en constancia. Constante en justicia. Llena de real clemencia, humildad e gracia. Gloria de nuestros siglos. Reina de las reinas que vimos y leymos [...]. Más divinas que humanas hazañas. (Maese Rodrigo de Santaella, dedicatoria a la Reina en su obra *Vocabulario Eclesiástico*) (pág. 272)

Fue la más eçelente reyna que ha auido en el mundo, y demás y mayores excelencias y virtudes dotadas, porque fue extremadamente sabia, honesta, discreta y prudente, y sobre todo deuota y religiosa, y ansi piadosa y humana [...]. Murió católica y santamente, y fue llevado su cuerpo a la ciudad de Granada, que por el rey su marido y por ella auía sido ganada de los ynfieles. (Pedro Mexía, juicio de este historiador cabal al emperador Carlos V sobre su abuela, la reina Isabel) (pág. 272)

La Reina Isabel no dejó de estar junto al Rey, y con su ingenio singular y ánimo viril y virtudes rarísimas en hombres, y todavía más en mujeres, no solo le fue de gran ayuda, sino que, por lo que afirma toda España, fue la principal causa de que aquel reino fuese conquistado [...]. Fue única y virtuosísima mujer, y de la cual universalmente en todos aquellos países se habla bastante más que del Rey, aunque fuese muy prudente y a su edad difícil de encontrar. (Andrea Navaggiero, fue embajador ante Carlos I de España y tuvo amistad con los italianos avecindados en la corte, testigos directos de la reina Isabel) (pág. 274)

### 3.- Opiniones de los siglos XVI, XVII y XVIII

El primer fragmento pertenece a la obra *Isabel la Católica y el arte*, de la Real Academia de la Historia:

Ella fue tal que la menor de las alabanzas que se le podían dar era haber sido la más excelente y valerosa mujer que hubo no sólo en sus tiempos pero en muchos siglos. (Gerónimo Zurita) (pág. 77)

El segundo fragmento pertenece a la obra *Isabel la Católica: poder y fama*, del autor John Edwards:

La Reina [...] supo persuadir a los castellanos que la perfección del entendimiento no estaba reñida con los alientos del corazón; e inspirándoles el deseo de hermanar la nueva cultura con la valentía heredada de sus mayores, hizo que trasmitiesen ambas calidades reunidas a sus descendientes (Clemencín) (pág. 141)

Los dos siguientes fragmentos citados tanto en este apartado como en el siguiente pertenecen también a la obra *Isabel íntima*, del autor José María Zavala:

Pero lo que más le ayudó a Fernando para ser príncipe consumado de felicidad y de valor fueron las esclarecidas y heroicas prendas de la nunca bastamente alabada reyna doña Isabel, su católica consorte, aquella gran princesa que siendo mujer excedió los límites del varón. (Baltasar Gracián, uno de los grandes autores del Siglo de Oro español) (pág. 277)

Murió lo que mortal de esta gran reyna, la mejor parte libre de este común tributo durará eterna en la memoria y veneración de los hombres mientras duren los siglos, y siempre será la mayor gloria de Castilla auer producido una matrona tan excelente, que sea el exemplo y la idea más superior a las que aspiraren al último punto de las perfecciones. (Francisco Pinel y Monroy, autor de la biografía de Andrés de Cabrera, esposo de Beatriz de Bobadilla) (pág. 278)

#### 4.- Opiniones de los siglos XIX y XX

Había subido al trono una voluntad recta, tajante y coronada por la cruz de la abnegación; voluntad dispuesta a hermanar a todos en la justicia como fundamento primero de la cohesión nacional. Desde entonces hasta el último día en que redactó su testamento con prolijas cláusulas sobre ello, vivió escrupulosamente preocupada de imponer la justicia todos y así misma la primera, uniendo la altiva majestad a nombre



de la ley y la más humilde deposición de todo orgullo personal. (Ramón Menéndez Pidal) (pág. 285)

Es acaso en esa fortaleza o debilidad de nuestro espíritu con la que todos nacemos, donde más palpablemente se manifiesta el designio sobrenatural. Doña Isabel nació tocada por el dedo Dios [...]. Y así pudo cumplir su egregio destino con grandeza tal vez no superada por ninguna otra de las mujeres conocidas. No la regateamos un punto de su gloria. (Gregorio Marañón) (pág. 285)

No es difícil pensar el caso de Isabel como del todo excepcional, un prodigio de la gracia sobrenatural, bien cultivado por su madre y defendido contra viento y marea por ella misma. (Tarsicio de Azcona) (pág. 288)

## 10.2 Artísticas

La documentación que conservamos hoy en día relacionada tanto con las pinturas que poseyó Isabel la Católica como con los pintores que estuvieron bajo su manto es escasa. Los investigadores han aceptado que incluye casi todas las obras que estuvieron en su posesión, pero carece, sin embargo, del nombre de los autores de las mismas. Los cuadros no fueron la parte más importante de la colección de objetos variopintos que poseía la reina, como se ha demostrado al revisar su testamento. Sin embargo, con ella comienza la historia del coleccionismo de pinturas entre los reyes de España, destacando el políptico de tablas que guardó hasta su muerte. De la gran colección de cuadros, los más numerosos fueron los de carácter religioso y retratos, así como los de carácter profano, destacando en estos últimos una serie de representaciones pictóricas de carácter bélico y de paisajes ambientados en Granada. Además, tuvo una gran afición por coleccionar manuscritos con pinturas, telas bordadas, retablos o relicarios. Como han afirmado algunos autores, Isabel debía sentir preocupación por adornar los templos de Granada con pinturas después de haber sido conquistada, siendo los más importantes los cuadros de la Capilla Real que se trasladaron en 1505 para cumplir su voluntad. Las adquisiciones pictóricas realizadas por los Reyes Católicos denotan el deseo de estar en contacto con la pintura de su tiempo, más estrechamente vinculados a Flandes que a Italia.

En cuanto al primero, destacan por ejemplo Rogier van der Weyden, Hans Memling o Dieric Bouts, y en cuanto al segundo, predominan los italianos Sandro Botticelli y Pietro Perugino, destacando entre los españoles a Pedro Berruguete y Bartolomé Bermejo. Dentro de los maestros que estuvieron al servicio directo de Isabel, las fuentes nos transmiten cuatro nombres: maestro Antonio (pintor inglés), Melchor Alemán (Michel Sittow), Francisco Chacón,

al que la reina consideró su "pintor mayor, para en toda su vida; confiada en su suficiencia e abilidad, e por algunos buenos servicios fechose que facedes cada día a la Casa Real"<sup>100</sup>. Sin embargo, el más conocido de todos es Juan de Flandes, autor del gran políptico de la reina, junto a Michel Sittow, así como de uno de los retratos más conocidos de Isabel en sus últimos años (derecha).



Copias del original de Juan de Flandes. El de la izquierda fue elaborado por Eduardo Rosales y el de la derecha es anónimo, ambos del siglo XIX.

Los testimonios iconográficos tenían en la época un gran valor, ya que viajaban de una Corte a otra para establecer, por ejemplo, acuerdos matrimoniales, por lo que se buscaba en ellos la representación más veraz del personaje. Es en el arte del siglo XV cuando se consagra el realismo y el retrato individual, predominantemente de busto, cuyos antecedentes se encuentran en los retratos de los mecenas de época medieval. Podemos mencionar como ejemplo el retrato de *Isabel la Católica* de 1490-1492



(derecha), cuyo autor es anónimo y se encuentra expuesto en el Museo del Prado, o el retrato de los Reyes Católicos, también anónimo, que se encuentra en el convento de las Angustias de Madrigal de las Altas Torres (izquierda).



Es imprescindible destacar en este contexto, el retrato *Isabel la Católica* de Luis de Madrazo, que exigió una extrema labor documental por parte del pintor (derecha). Aquí se representa a la reina de cuerpo entero con una elegancia idealizante, vestida con un vestido de terciopelo y sus signos más característicos; el velo sujeto al pecho con el broche de venera y cruz. Sostiene en la mano izquierda un gran cetro mientras la



<sup>100</sup> ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, G., ob. cit., pág. 24.

derecha la posa delicadamente en un breviario encima de un velador. Mencionar asimismo los retratos de Isabel, ambos también de cuerpo entero, uno que se encuentra en el museo de la Casa de los Tiros en Granada y otro perteneciente a la colección Carreras de Barcelona (abajo).



También podemos mencionar la existencia de retratos de la familia real rodeada por la Virgen. Ejemplo de ello es la *Virgen de la mosca* (derecha), pintor flamenco anónimo de finales del siglo XV, en el que se representa a la Isabel en su juventud arrodillada al lado de la Virgen María con el libro de la sabiduría en las manos y la espada de la justicia a sus pies. Otro ejemplo lo constituye la *Virgen de los Reyes Católicos* (izquierda), cuyo autor es desconocido, pero posiblemente de origen flamenco, tal y como indican los elementos pictóricos



como el uso de la perspectiva y el paisaje que se observa a través de la ventana.

Fue elaborado posiblemente a principios de 1490, según indica la vestimenta de los personajes. En ese templo se observa a la Virgen María en el centro de la composición, Isabel en el lateral derecho y Fernando en el izquierdo, ambos de rodillas orando a la Virgen. Se conserva en el Museo del Prado, aunque originariamente decoraba una sala del convento dominico de Santo Tomás de Ávila. Por esta razón, en el cuadro se encuentran representados dos dominicos, santo Tomás y santo Domingo de la Calzada.



En el Siglo de las Luces existen muy pocas pinturas que reflejaran algunos hechos del reinado de los Reyes Católicos, siendo las más importantes las de las bóvedas del Comedor de Gala del Palacio Real de Madrid. En la bóveda central, pintada por Antonio González Velázquez, se observa a *Cristóbal Colón ofreciendo el Nuevo Mundo a Isabel y Fernando* (abajo). En la pintura del tercer tramo, decorada por Francisco Bayeu, se representa *La rendición de Granada por los Reyes Católicos* (derecha), en la que se observa la entrega de las llaves de la ciudad a Fernando y el arrodillamiento de Boabdil ante la reina Isabel. Ambas pinturas murales están cargadas de gran simbolismo.



Aunque la figura de Isabel la Católica está presente en la pintura española desde su reinado, es en el siglo XIX cuando alcanza una mayor difusión artística, representando los hechos más significativos de su reinado, en un contexto de auge del género histórico<sup>101</sup>. En este siglo, se buscaba la exaltación moralizante de los momentos de mayor esplendor del pasado, coincidiendo además con el reinado de Isabel II, a quién se le atribuyó las mismas connotaciones políticas. Con motivo del segundo matrimonio de Fernando VII, el rey encarga para la estancia de su futura esposa un ciclo decorativo de fingidos relieves que representaran los sucesos más heroicos de la Monarquía. Zacarías González Velázquez elaboró en 1816 la *Unión de Granada a Castilla* (derecha), en el que se representa



<sup>101</sup> Para conocer más información sobre la iconografía de Isabel la Católica en la pintura española de historia en el siglo XIX, consultar la obra *Imagen histórica de España (1850-1900)*, del autor C. Reyero.

a la reina Isabel, de aspecto escultórico y facciones idealizadas con su característico velo que le enmarca el rostro acompañada del león de la monarquía hispánica.

También en este siglo se elabora el cuadro titulado *La demencia de Isabel de Portugal*



(*Primera juventud de Isabel la Católica al lado de su enferma madre*) (izquierda), del pintor catalán Pelegrí Clavé, uno de los pocos lienzos que retratan la adolescencia de la reina. Para su elaboración, el autor realizó varios estudios previos de la documentación, utilizando a su esposa como modelo de la protagonista del lienzo. El cuadro se centra en la figura sedente de Isabel de Portugal, con la mirada perdida y ajena a lo que ocurre a su alrededor. A la izquierda, la joven apoyada en trono

y que se cubre la cara con la mano es Beatriz de Bobadilla, que estuvo primeramente al servicio de la madre de Isabel. Esta imagen representa la predicción de la locura de su nieta Juana y la fortaleza del espíritu de Isabel.

Uno de los lienzos históricos más relevantes y de obligada mención es el de *Los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, en el acto de administrar justicia* (derecha), de Víctor Manzano, inspirado en las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo y que al mismo tiempo inspiraría la imagen de la audiencia pública que darían los Reyes Católicos en el cine español de posguerra (Alba de América, 1951). La escena no refleja ningún episodio histórico preciso, sino que pretende inmortalizar la nueva visión de justicia que implantaron ambos monarcas y que emana de la Corona al pueblo. Por ello, los súbditos son los protagonistas de la obra, ya que se encuentran en la primera línea de visión, invitando al espectador a ser testigo de la justicia real.



Asimismo, señalar el cuadro de Isidoro Lozano titulado *Isabel la Católica presidiendo la educación de sus hijos* (siguiente página izquierda), inmortalizando otra de las facetas más importantes de la personalidad de Isabel; su papel como madre y guía de una ejemplar educación. La reina se encuentra sentada en la parte derecha de la obra rodeada por sus hijos,



siendo la infanta menor, Catalina, la que le enseña un pergamino. El príncipe Juan aparece tocando el órgano, acompañado por el canto de Juana y María, mientras que la infanta Isabel aparece bordando frente al ventanal. Como vemos, cada uno de los infantes representa una de las destrezas cultivada por la reina y en los cuales educó a sus descendientes. Otra obra de especial mención es el cuadro de Miguel Jadraque

titulado *Presentación de Cisneros a Doña Isabel la Católica por el Cardenal Mendoza* (derecha). La reina aparece de pie sobre el escaño de su trono, dirigiendo una pregunta a Cisneros, quién se inclina reverencialmente ante ella, mientras el Cardenal Mendoza contempla la escena. El fresco sobre la *Proclamación de los Reyes Católicos en Segovia* (abajo) realizado por José Garnelo y Alda, representa un momento histórico crucial en la historia de España. La composición, sin embargo, no sigue el rigor histórico, ya que Isabel se proclamó sola reina de Castilla, encontrándose Fernando fuera por motivos políticos y cuya coronación tuvo lugar días más tardes. Por ello, los recursos decorativos utilizados en la composición contienen también desajustes históricos.



Otro cuadro que hay que comentar es *La rendición de Granada* (abajo) del pintor Francisco Pradilla, obra maestra de la pintura de historia española y cuyo autor gozó también de una gran popularidad. El pintor se documentó previamente con los testimonios existentes, además de viajar a Granada para apreciar el paisaje. La entrega de llaves que aparece en la obra es motivo de debate, ya que no todos los investigadores creen que sucediera dicha escena, relatada por algunos cronistas que no fueron contemporáneos al momento de la conquista.



Además, está representado el inquisidor fray Tomás de Torquemada, el cual no asistió. El cardenal Mendoza, que si lo hizo, no se encuentra en el cuadro. Asimismo, alude a un momento culmen de la historia, pero carece de emoción y dimensión religiosa, sustituido por el sentimiento de orgullo político y nacional. Lo más admirable del cuadro es el paisaje de Granada que se extiende tras la escena principal<sup>102</sup>.

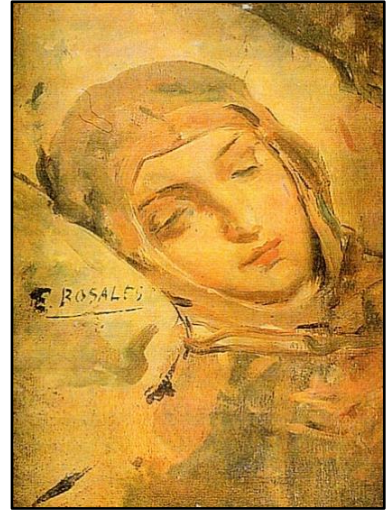


Por último, debemos recalcar el cuadro titulado *Doña Isabel la Católica dictando su Testamento* (derecha), del pintor Eduardo Rosales, en el que se representan los últimos momentos de la vida de la reina. Isabel aparece postrada en un lecho muy suntuoso, contrario a lo que es aceptado por la mayoría de los investigadores. Su rostro muestra una expresión apacible, como símbolo de la fuerte energía que había mostrado durante cincuenta y dos años. Junto a ella está representado sentado el rey Fernando, cuyo gesto refleja el dolor que le produce el difícil momento, así como, posiblemente, la preocupación por la suerte de sus reinos. A su derecha aparece la figura de una joven, cuya identidad ha sido atribuida a Juana, esposa de Felipe el Hermoso. Aunque lo cierto es que



<sup>102</sup> El autor Miguel Ángel Ladero Quesada ofrece una descripción y explicación de la obra más detallada en el apartado *La rendición de Granada en el gran lienzo de Francisco Pradilla*, incluido en la obra ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, G., ob. cit., pág. 145-162.

ninguna de sus tres hijas se encontraba junto a su madre en el momento de su muerte, parece ser que el pintor decidió incluirla en la obra debido a que sus últimos días estuvieron marcados por la presencia de la joven en la corte, como consecuencia de su cuarto embarazo y de sus devaneos. Aparece asimismo el notario Gaspar de Gricio, con pluma en mano, a quién Isabel tiende su mano, y a la derecha probablemente su confesor Cisneros.



*Estudio para la pintura Isabel la Católica dictando su testamento. Colección Luis Rubio Gil.*



## 11. Conclusiones

Isabel fue una mujer cuyo objetivo, marcado por ella misma, era dar estabilidad y unión a un reino que estaba sumido en divisiones y conflictos. Vivía para reinar y este era su único fin. Entendía el gobierno como una actividad que la absorbía completamente, mostrando siempre su faceta de reina y ocultando su faceta como mujer. Por esta razón, incluso sus contemporáneos ya recalaban la escasa humanidad que mostraba Isabel y su continua rigidez en el trono. A consecuencia de esto, me ha resultado complejo intentar captar la figura de Isabel como mujer, sobre todo a partir de su lucha por la corona, desencadenada por la muerte de su hermano Alfonso. Resulta llamativo la gran importancia que tuvo el azar en la vida de este personaje y su trascendencia en la historia de España. Si observamos los acontecimientos que le afectaron directamente, vemos que Isabel hubiese protagonizado el papel de infanta prometida en matrimonio con un príncipe de algún reino vecino si su hermano no hubiera fallecido a edad tan temprana y sin contraer matrimonio que le asegurara descendencia. La herencia de los Reyes Católicos hubiese sido perpetuada sin dificultades si su único hijo varón tampoco hubiese fallecido. A esto hay que sumarle el aborto de la viuda de este, que también estaba engendrando un heredero varón, la muerte de la hija primogénita y de su nieto, quién hubiera tenido sobre sus sienes las corona de tres reinos. Además, la demencia de Juana, convertida en heredera, provocó, como ya sabemos, que fuera el emperador Carlos el heredero de la obra de sus abuelos. La historia de España hubiera sido muy distinta.

En este contexto cabe también señalar la cuestionada legitimidad de Isabel por algunos autores. Muchos investigadores consideran que Isabel era la única heredera de Enrique puesto que Juana no era hija legítima del rey. Sin embargo, otros discrepan en esto, y aunque no niegan la importancia y trascendencia de este personaje, afirman que Juana era la heredera de su padre, y que fue Isabel la usurpadora de la corona. Encontramos esta doble vertiente de opiniones en la documentación.

Podemos recalcar también que hay una escasez de datos sobre la niñez de Isabel, tanto cuando aún vivía su padre como cuando se trasladó con su madre a Arévalo, debido a que la infanta no era por aquel entonces objeto de especial interés para los cronistas de la época. Los primeros años de su infancia estuvieron envueltos en un clima de inseguridad fruto de los acontecimientos trascendentales que modificaron su situación, como fue la muerte de su padre o el segundo matrimonio de Enrique IV. A pesar de esto, Isabel fue formando su propia personalidad, ideas y gustos, convirtiéndose en una mujer enérgica que supo tomar decisiones,

incluso en momentos cruciales de su vida. Se caracterizó por una fuerte voluntad y determinación, teniendo muy claro cuáles eran sus objetivos; ella fue creando su propio destino. Influyeron de gran modo en su persona las experiencias que vivió a lo largo de su vida, siendo factores que determinaron su evolución como reina. En su niñez y adolescencia tuvo que lidiar con varios acontecimientos desfavorables que además le llevaron a observar de cerca las funciones de gobierno, absorbiendo una gran cantidad de conocimientos al respecto. Es incuestionable, por tanto, que aunque sus consejos y las personas de mayor confianza de la reina jugaron un papel importante en su formación, las propias vivencias junto con su excepcional inteligencia fueron las piezas claves de sus dotes de gobierno.

La vida de Isabel estuvo marcada por las emociones de forma muy intensa, ya que los sucesos que transformaban su vida personal también tenían consecuencias políticas. Tanto sus hazañas como las fuentes representan a una mujer segura de sí misma y de los proyectos que se iban formando en su cabeza, mostrando una mezcla de cualidades humanas y políticas reforzadas con una gran fuerza vital que decayó exclusivamente en los últimos años de su vida. No buscó precedentes ni justificaciones en sus proyectos, teniendo ante sí un futuro que no podía prever. Mostró una esperanza intensa y persistente, tanto en su vida personal como en la política. Destaca por encima de todo su gran empeño en poner en práctica sus ideas, sin dejar en el camino sacrificios ni medios, y sin apartarse ni una pizca de sus propósitos. Todo esto revela el fuerte carácter que probablemente poseía Isabel, una mujer que luchó por sus derechos y prerrogativas reales hasta cumplir sus proyectos y sus sueños en su totalidad.

Como se observa a lo largo del trabajo, resulta muy difícil y casi imposible separar a la reina de la mujer, no sólo porque no existían barreras entre lo privado y lo público sino por la idealización que se ha hecho de su figura como reina. La mayoría de las fuentes consultadas para este trabajo aportan una ensalzada imagen de la reina Isabel, fruto de la mitificación que su figura sufrió a lo largo de los siglos posteriores. Por ello, en este trabajo se ha intentado captar otra faceta de este conocido personaje histórico, así como la trascendencia que tuvo su vida privada en muchos aspectos de su reinado. Existe una extensa y diversa cantidad de información sobre Isabel la Católica, la mayor parte de ella destinada al análisis de su reinado, mencionando brevemente su faceta humana, por lo que creo que esta línea de investigación da posibilidad a un futuro proyecto de mayor calibre y extensión.

## 12. Bibliografía

- ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, G., *Isabel la Católica y el arte*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2006.
- AZCONA, T., *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1964.
- EDWARDS, J., *Isabel la Católica: poder y fama*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2004.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Isabel la Católica*, Madrid, Espasa, 2003.
- GARCÍA ATIENZA, J., *Regina Beatissima. La leyenda negra de Isabel la Católica*, Madrid, La esfera de los libros, 2014.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A., *Heroínas*, Granada, Universidad de Granada, 2009.
- LADERO QUESADA, M.A. (et al), *El mundo social de Isabel la Católica. La sociedad castellana a finales del siglo XV*, Madrid, Dykinson, 2004.
- LADERO QUESADA, M.A., *Isabel I de Castilla. Siete ensayos sobre la reina, su entorno y sus empresas*, Madrid, Dykinson, 2012.
- MENÉNDEZ PIDAL, R., *Historia de España. La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978.
- PALOS, J.L., “La conquista del trono. Isabel la Católica”, *Historia. National Geographic*. Nº 94, 2011, págs. 80-91.
- PENELLA, C., *Grandes Biografías. Isabel la Católica*, Barcelona, Ediciones Rueda, 1991.
- QUERALT DEL HIERRO, M.P., “La educación de la Reina Católica Isabel de Castilla”, *Historia. National Geographic*, Nº109, 2013, págs. 74-85.
- SUÁREZ FERNANDEZ, L., *Isabel I. Reina*, Barcelona, Ariel, 2013.
- VAL VALDIVIESO, M.I., *Isabel I de Castilla (1451-1504)*, Madrid, Ediciones del Orto, 2004.
- VAL VALDIVIESO, M. I., "Isabel la Católica y la educación", *Aragón en la Edad Media*, Nº 19, 2006, págs. 555-562.
  - Consultado en línea <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2245431>
- ZAVALA, J.M., *Isabel íntima. Las armas de la mujer y reina más célebre de España*, Barcelona, Planeta, 2014.

### 13. Apéndice Documental

- Imágenes



Imagen 1. Real de a ocho a nombre de los Reyes Católicos con sus emblemas personales, el yugo y las flechas. Plata, Toledo, 1506-1566. Foto realizada personalmente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.



Imagen 2. Sepulcro de los Reyes Católicos en la Capilla Real de Granada. Detalle de la escultura de Isabel I de Castilla.



- Documentos

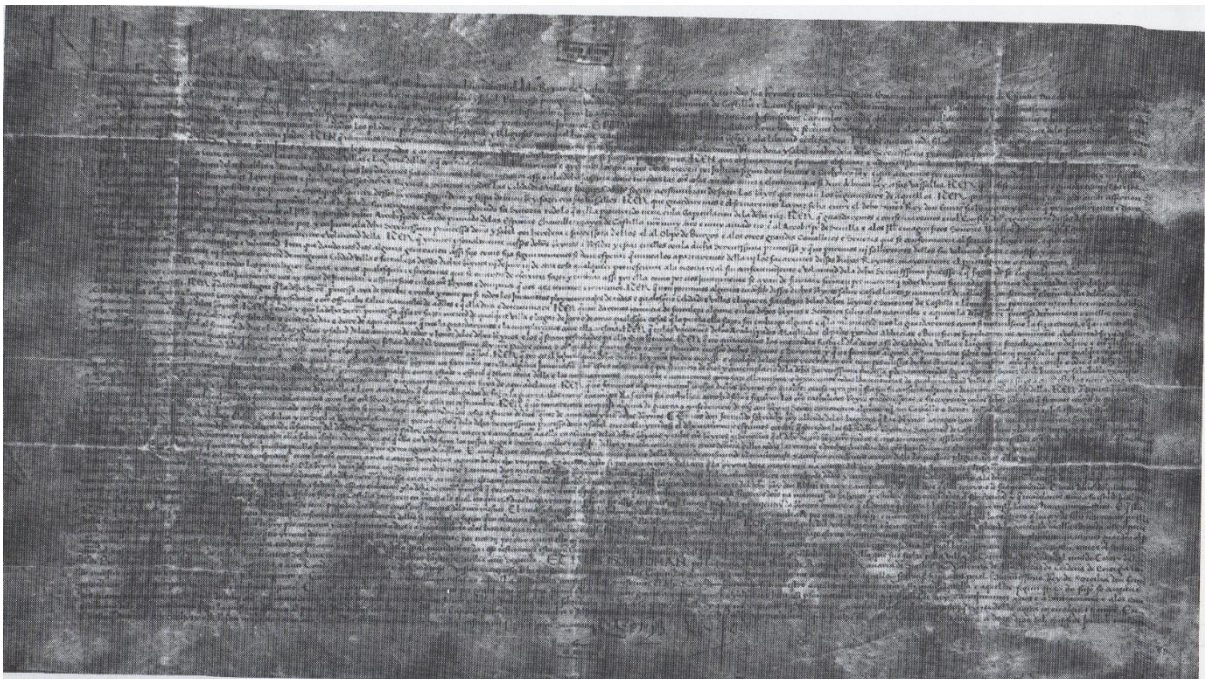


Imagen 3. Primera y última página del Testamento de Isabel la Católica. Archivo de Simancas, Valladolid

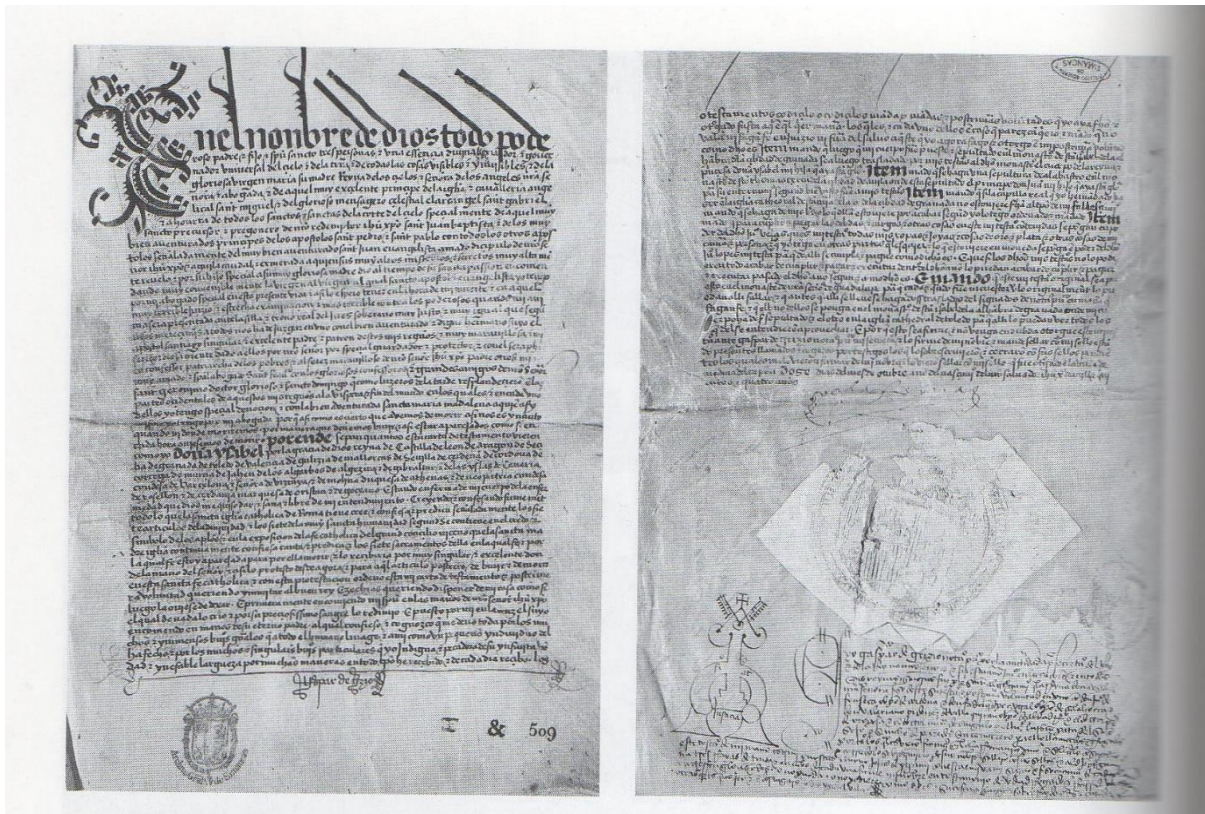


Imagen 4. Capitulaciones matrimoniales de los Reyes Católicos. Pergamino Archivo de Simancas, Valladolid.



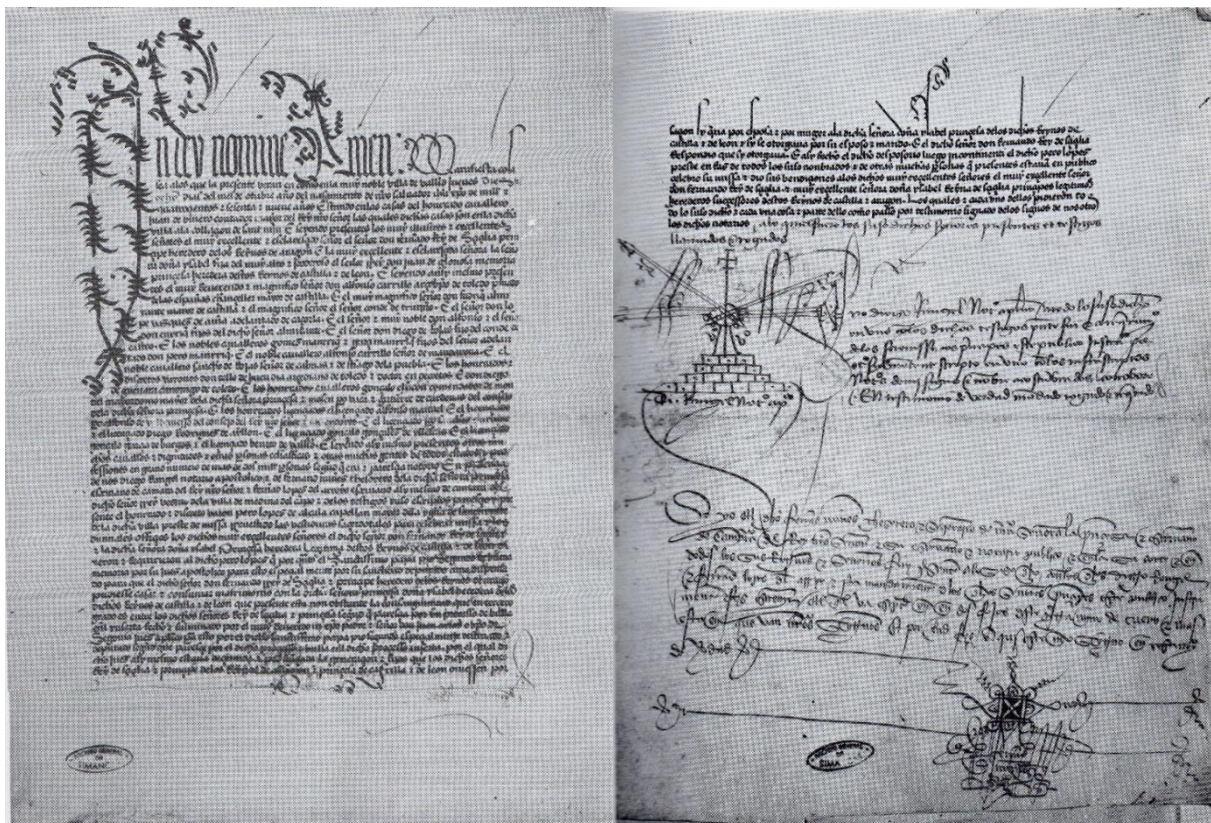


Imagen 5. Primera y última página del documento de los desposorios de los Reyes Católicos. Archivo de Simancas, Valladolid. .

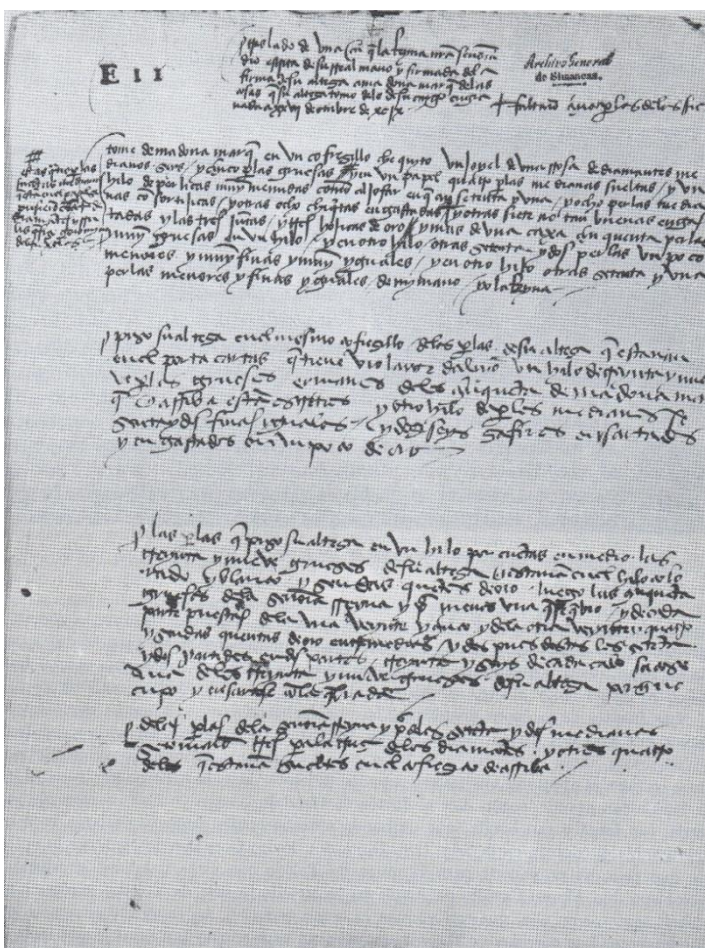


Imagen 6. Relación de las joyas de Isabel la Católica, datada el 27 de octubre de 1499. Archivo de Simancas, Valladolid.